

UBI SCIENTIA, IBI PATRIA

ATENEEO

REVISTA DEL ATENEO DE EL SALVADOR

CIENCIAS
IDIOMA
LETRAS
ARTES

Programa de Labores en Desarrollo

● CICLO DE CONFERENCIAS SEMANALES ● CONFERENCIAS POR DELEGACIONES EN EL PAIS ● EXTENSION CULTURAL POR RADIO ● ESTIMULO AL NORMALISTA INTELIGENTE ● JUEGOS FLORALES ESCOLARES ● EXPOSICION DEL LIBRO INEDITO ● ANTOLOGIA CENTROAMERICANA ● UNIVERSIDAD DEMOCRATICA PARA DIFUSION DE CULTURA ● CONCURSOS LITERARIOS Y ARTISTICOS ● INSTITUTO EN EL SENO DEL ATENEO.

1954

SAN SALVADOR, EL SALVADOR, C. A.

ABRIL, MAYO Y JUNIO

AÑO XLII — NUMERO 201 — IV EPOCA



JUNTA DIRECTIVA

DEL ATENEO DE EL SALVADOR, EN EL AÑO DE 1954

Presidente	Coronel e Ingeniero Simeón Angel Alfaro.
Vicepresidente	Dr. Manuel Zúniga Idiáquez.
Secretario General.....	Dr. H. C. Juan Felipe Toruño.
Pro-Secretario	Dr. Napoleón Rodríguez Ruiz.
Secretario Adjunto.....	Presbítero Vicente Vega Aguilar.
Bibliotecario	Profesor José Lino Molina.
Tesorero	Don Braulio Pérez Marchant.
Síndico	Dr. Manuel Vidal.
Primer Vocal.....	Dr. Arnoldo Hirlemann.
Segundo Vocal.....	Dr. Rosendo Morán Monterrosa.
Tercer Vocal.....	IRISOL.
Cuarto Vocal	Don Manuel José Arce y Valladares.
Quinto Vocal.....	Profesor Gilberto Valencia Robleto.

COMISIONES ESPECIALES

DEL ATENEO DE EL SALVADOR EN EL AÑO DE 1954

Educación	Profesor José Lino Molina, Profesor Gilberto Valencia Robleto y Profesora Antonia Portillo de Galindo.
Filosofía y Letras.....	Dr. H. C. Juan Felipe Toruño, Dr. Napoleón Rodríguez Ruiz, Profesor Alfredo Betancourt, don Luis Gallegos Valdés.
Arte	Señora Graciela Huevo Paredes de Gutiérrez (Irisol), Dr. Manuel Zúniga Idiáquez y don Manuel José Arce y Valladares.
Cuestiones Científicas.....	Dr. Leonidas Alvarenga, Dr. Aristides Palacios, Dr. Arnoldo Hirlemann, y Dr. Rosendo Morán Monterrosa.
Historia y Geografía.....	Dr. Manuel Vidal, Br. Jorge Lardé y Larín, Presbítero Vicente Vega Aguilar.
Ciencias Militares	Teniente Coronel José María Lemus, Teniente Coronel José María López Ayala y Coronel e Ingeniero Simeón Angel Alfaro.
Protocolo	Señor Braulio Pérez Marchant.

MIEMBROS ACTIVOS DE LA INSTITUCION

SAN SALVADOR

Alfaro	Coronel e Ingeniero don Simeón Angel
Alvarenga	Dr. don Leonidas
Arce y Valladares	Don Manuel José
Betancourt	Profesor don Alfredo
Claros	Presbítero Dr. don Rafael F.
Gallegos Valdés	Don Luis
Hirlemann	Dr. don Arnoldo
Huezo Paredes de G.	Doña Graciela (Irisol)
Lardé y Larín	Br. don Jorge
Lemus	Teniente Coronel don José María
López Ayala	Teniente Coronel don José María
Molina	Profesor don José Lino
Morán Monterrosa	Dr. don Rosendo
Palacios	Dr. don Aristides
Pérez Marchant	Don Braulio
Portillo de Galindo	Profesora doña Antonia
Rodríguez Ruiz	Dr. don Napoleón
Toruño	Dr. H. C. don Juan Felipe
Valencia Robleto	Profesor don Gilberto
Vega y Aguilar	Presbítero don Vicente
Vidal	Dr. don Manuel
Zúniga Idiáquez	Dr. don Manuel

DEL INTERIOR

Barrios	Dr. Gerardo	Santa Ana
Román Peña	Presbítero Miguel	San Martín
Osegueda	Prof. don César Augusto	San Miguel
Osegueda	Profesor don Napoleón	Usulután

HONORARIOS

Arrieta Rossi	Dr. Reyes	San Salvador
Avila	Dr. Julio Enrique	San Salvador
+ Castro Ramírez	Dr. don Manuel	San Salvador
Chávez y González	Monseñor Luis	San Salvador
Gavidia	Dr. don Francisco	San Salvador
Guerrero	Dr. don J. Gustavo	Francia
Osegueda	Prof. don Francisco Rodolfo	Usulután
Soriano	Dr. Nazario	San Salvador
Villafañe	Don José María	San Salvador

CORRESPONDIENTES EN CENTRO AMERICA

GUATEMALA

Arévalo Martínez	Señor don Rafael	Guatemala
Castañeda	Señor Lic. don Ricardo C.	Guatemala
Figueroa	Señor Lic. don Salvador M.	Guatemala
Girard	Don Rafael	Guatemala
Mathus	Profesor don J. Conrado	Guatemala
de John Osborne	Señora Lilly	Guatemala
Aparicio y Bengoechea	Don Héctor	Guatemala
Recinos	Licenciado don Adrián	Guatemala
Contreras	Dr. don F.	Cobán

HONDURAS

Gómez Romero	Señor Dr. don Antonio	Tegucigalpa
+ Guardiola	Licenciado don Esteban	Tegucigalpa
López Villamil	Licenciado don Humberto	Tegucigalpa
Mejía Colindres	Dr. don Vicente	Tegucigalpa
Mejía	Señor don Vidal	Tegucigalpa
Navas	Señor don Alejandro	Tegucigalpa
Ochoa Alcántara	Señor don Antonio	Tegucigalpa
López Pineda	Dr. don Julián	Tegucigalpa
Urrutia	Lic. don Ricardo de J.	Tegucigalpa
Zúñiga	Lic. don Luis Andrés	Tegucigalpa
Zúniga	Dr. don Manuel G.	Tegucigalpa
Gamero de Medina	Señora doña Lucila	Danlí, Paraíso
Padilla	Señorita Visitación	Tegucigalpa
Turcios R.	Señor don Salvador	Comayagüela
Aguliar	Dr. don Salvador G.	San Pedro Sula

NICARAGUA

Argüello	Señor don Agenor	Managua
Avilés	Señor don Juan R.	Managua
Barreto P.	Señor don Mariano	Managua
Rivas	Señor don Gabry	Managua
Robleto	Señor don Hernán	Managua
Soriano	Señorita Lola	Managua
Mendieta	Dr. don Salvador	Diriamba
Pallais	Pbro. Dr. don Azarías H.	Corinto
Terán	Señor don Ulises	León
Vanegas	Dr. don Juan D.	León

COSTA RICA

Vincenzi	Señor Prof. don Moisés	San José
Cruz Meza	Licenciado don Luis	San José
García Monje	Señor don Joaquín	San José
Del Valle	Dr. don Miguel	San José
Zeledón (Bill)	Señor don José María	San José
Zúniga Montúfar	Licenciado don Tobías	San José

CORRESPONDIENTES EN EL EXTERIOR

ARGENTINA

De Gandía	Señor don Enrique	Buenos Aires
González Arrilli	Señor don Bernardo	Buenos Aires
Marasso Roca	Dr. don Arturo	Buenos Aires

ALEMANIA

Bjorkman	Dr. C. V. E.	Berlín
Bjorkman	Señora María de	Berlín

BOLIVIA

Díez de Medina	Señor don Eduardo	La Paz
----------------	-------------------	--------

BRASIL

Bocanegra	Sr. Ingeniero don Silio	Río de Janeiro
Ruiz	Señor don Gustavo A.	Sao Paulo
Castaldi	Señor don Jaoa	Sao Paulo

COLOMBIA

Jirón Camargo	Señor don Gabriel	Bogotá
Morales	Señor don J. Angel	Bogotá
Nieto	Señor don Ricardo	Bogotá
Prado	Señor don Manuel A.	Bogotá
Sanín Cano	Señor don Baldomero	Bogotá

CHILE

Lillo	Don Samuel A.	Santiago
Marín	Dr. don Juan	Santiago
Vega	Señor don Daniel de la	Santiago
Trujillo Vega	Señor don Luis	Santiago
Palacios Bate	Señor don Eugenio	Santiago

ECUADOR

Barrera	Dr. don Isaac J.	Quito
Muñoz	Dr. don José E.	Quito
Viteri Lafronte	Dr. don Romero	Quito
Andrade Coello	Sra. doña María Esther de	Quito

ESPAÑA

Figueroa	Ingeniero Pbro. don José	Madrid
García Ontiveros	Dr. don Luis	Madrid
Sanz y Díaz	Señor don José	Madrid
Vehils	Dr. don Rafael	Madrid

ESTADOS UNIDOS DE NORTE AMERICA

Brainerd	Miss Eloisse	Washington, D. C.
Cerón Camargo	Dr. don Tomás	Washington, D. C.
Fortuol Hurtado	Señor don P.	Washington, D. C.
Urbizo Vega	Señor don Benjamín	Washington, D. C.
Gregg	Dr. John Robert	New York
Halier	Dr. J. P.	New York
Jiménez	Don Juan Ramón	New York

FRANCIA

García Calderón	Señor don Ventura	París
Coll	Señor don Pedro Emilio	París

HOLANDA

Dausted	Dr. Antonio Pietri	Amsterdam
---------	--------------------	-----------

HUNGRIA

Thot	Dr. Ladislao	Budapest
------	--------------	----------

INGLATERRA

Angel	Señor don Norman	Londres
-------	------------------	---------

ITALIA

Osso	Señor don Pietro	Milán
------	------------------	-------

MEXICO

Cravioto	General Adrián	San Pedro Los Pinos
Cházaro	Don Gabriel	México D. F.
Valle	Dr. Rafael Heliodoro	San Pedro Los Pinos
Núñez y Domínguez	Dr. don José de J.	México, D. F.
Rosado Vega	Don Luis	México, D. F.
Torrea	General don J. Manuel	México, D. F.
Palavicini	Ingeniero don Félix	México, D. F.
Portes Gil	Licenciado don Emilio	México, D. F.
Aburto	Profesor don Porfirio	México, D. F.
Salcedo Ledezma	Señor don Enrique	México, D. F.
Ochoa Ravizé	Señor don Alfredo	México, D. F.
Guandique	Dr. don Salvador	México, D. F.

PARAGUAY

Campos	Profesor don Alfonso A.	Asunción
--------	-------------------------	----------

REPUBLICA DOMINICANA

Morel	Señor don Emilio	Ciudad Trujillo
Jiménez	Dr. don Ramón Emilio	Ciudad Trujillo

URUGUAY

Ferreiro	Señor don Eduardo	Montevideo
García Santos	Señor don Francisco	Montevideo
Martínez	Señor don Alfredo E.	Montevideo
Vaz Ferreiro	Dr. don C.	Montevideo

VENEZUELA

Arguedas	Señor don Alcides	Caracas
López	Señor don Casto Fulgencio	Caracas

ATENEEO

ORGANO DEL ATENEEO DE EL SALVADOR

— UBI SCIENTIA, IBI PATRIA —

—♦—

Director: Cnel. e Ing. SIMEON ANGEL ALFARO

Redactores: Dr. H. C. JUAN FELIPE TORUÑO — Dr. Don MANUEL ZUNIGA IDIAQUEZ

Año XLII

San Salvador, C. A., Abril, Mayo, Junio de 1954

Nº 201

EDITORIAL

Segundo Seminario del Libro Salvadoreño

El libro no ha podido producirse y distribuirse con eficiencia en el país y menos fuera de él. Lo caro de la mano de obra como la falta de un método de distribución hacen fallidos los esfuerzos de quienes se atreven a publicar un libro. En lo primero, por ese alto precio de las ediciones, los escritores no se atreven a publicar, puesto que regularmente éstos no son abundantes de monedas. Pero si hubiera medios para publicar y que los libros se pagaran con la venta, quizás algunas empresas, con un pequeño adelanto del autor, se aventurarían; mas como no hay sistemas para la distribución de un libro caro, lo que le aguarda al uno como a la otra, es el fracaso y como consecuencia la abstención de nuevos intentos.

Por lo tanto: sólo quienes tienen algún mercado en el exterior, haciendo sacrificios, se atreven a publicar.

Buscando la valorización del libro, el año 1952, en diciembre, se efectuó el Primer Seminario del Libro Salvadoreño. En ese evento el ATENEEO DE EL SALVADOR por medio de su Delegado presentó iniciativa sobre producción y distribución del libro salvadoreño sobre la que recayó resolución favorable; pero como el Ministerio de Cultura está montando una editorial, las recomendaciones enviadas por el Seminario no tuvieron el positivo efecto que se buscaba.

Actualmente se prepara el Segundo Seminario. Ha sido el mismo Ministerio de Cultura el que recomendó a la Dirección de la Biblioteca Nacional la organización de éste. Se ha nombrado

una comisión. Se ha trabajado. Hay una agenda y en ésta se mantiene la iniciativa del ATENEO DE EL SALVADOR respecto a la producción y distribución del libro.

Este segundo Seminario se abrirá el 15 de agosto del corriente año y se clausurará el 21.

Tomarán parte en él, no sólo diferentes instituciones sino personas que en una u otra forma conozcan lo que significa el libro para la cultura de un país y la trascendencia de ésta. En este Seminario habrá también de plantearse, para que el libro circule en el exterior, el establecimiento de un Departamento del Canje en el Ministerio de Cultura, en donde se atienda con cuidado y orden este importante servicio que lo tienen en otras partes las Bibliotecas. Es importantísimo para que en el exterior se conozca la palpitación del pensamiento salvadoreño.

En lo que concierne a lo caro de las ediciones es un tanto difícil hallar la solución, puesto que en el país no se ha organizado aún la industria librera. En lo que corresponde a la distribución, los libreros se dedican a expender lo que les proporciona más ganancias con menos tiempo para obtenerlas. Y como el libro importado es menos caro, a ese libre dedican sus actividades. Además, el libro de factura nacional, por no apreciarse como él lo merece, se sub-estima y se quiere regalado, teniendo el autor que padecer las consecuencias si no lo obsequia, porque sobre el libro se forma una capa gruesa de silencio. Los libreros no anuncian. Los periódicos, tampoco se refieren a los libros y en esta situación es nugatorio el esfuerzo del escritor que, en resumidas cuentas, se atiende al criterio exterior, porque el interior, imparcial y desapasionado, pocas veces se manifiesta, aunque haya gente apta para externarlo.

Tiene en frente el Segundo Seminario del Libro una gran labor que creemos dará resultados. Si no todos los que se quieren, algo al menos que venga en ayuda del autor y del libro nacional.



Cómo Mejorar Nuestra Situación Material y Cultural

Por el Dr. ARISTIDES PALACIOS,
(de la Comisión Científica)

Siempre he creído que para mejorar la situación cultural en todos sus aspectos en cualquier país se necesita no sólo enseñar a las gentes todo lo que les falta por aprender sino que también y quizás principalmente, modificar u olvidar aquellos hábitos que no les permiten asimilar las enseñanzas positivas que habrían de elevar su situación en todos los campos.

Los individuos no sólo necesitan aprovechar las ventajas de la escolaridad en sus diversas fases: escuela primaria, secundaria, vocacional, profesional y post-graduados, sino que necesitan también que les sean enseñados sobre todo los elementos esenciales para conservar la salud. Es indispensable también mantener niveles mínimos de moralidad y entre ellos debería figurar en primera línea el mantenimiento adecuado de los hogares, con protección suficiente para la cónyuge y los hijos, en lo posible al amparo de aquellos vínculos sociales que le dan respetabilidad al hogar, tal como el matrimonio. Un sentido de responsabilidad en el trabajo y la sensación de un perfecto orgullo personal en hacer bien las cosas y conciencia tranquila en la conducta social, son indispensables.

Uno de esos factores negativos que desdichadamente no ha estado disminuyendo en los últimos años,

sino que por lo contrario ha estado progresando de una manera fantástica, es el alcoholismo; incremento de alcoholismo que se ve reflejado no sólo en las cifras estadísticas de ventas de licores, sino también en el aumento de la fabricación clandestina. El espectáculo bochornoso de borrachos tirados en el medio de las carreteras y de las ciudades, feo y deprimente, no va solo sino que está siempre acompañado por el desequilibrio casi total de la economía de millares de hogares en donde el jefe de familia después de dilapidar sus dineros, bien o mal ganados, en el trabajo hecho con mayor o menor conciencia durante el período de labor, los tira locamente en un momento de orgía, dejando a su familia sin lo indispensable para comer, para alojarse, para vestir y pagar la educación propia o de la familia.

En lugar de dedicarse afanosamente al trabajo y remediar el daño hecho, para no ver el desastre acarreado por el alcohol, sólo piensan en ingerir nuevamente, bajo cuya influencia se aumenta la situación deplorable en que ha sumido a la familia y tiende a remediarla con medidas violentas que de manera frecuente caen bajo la jurisdicción legal. La mayor parte de los robos, crímenes y tantos otros asaltos a la estabilidad social son cometidos bajo la influencia del

licor y una vez cometidos, la situación en lugar de aliviarse se agrava notablemente pues el sostén de la familia tiene que huir o ir a la cárcel y entonces la esposa e hijos o se agotan trabajando o se dedican a la consecución fácil del dinero, ya a través de la prostitución o del robo. Las mujeres de los borrachos que han ganado la cárcel o el hospital por el uso del alcohol, no tienen tiempo ni disposición para educar a sus hijos, los cuales pronto tienen además que tratar de ganarse la vida ellos mismos, no pudiendo aprovechar del calor de un hogar cuyo fuego fué consumido en una alborada chinesca pero fugitiva de aguardiente. Los borrachos roban a sus hijos la oportunidad de acudir a las escuelas para atesorar un haber espiritual y poder combatir con mayor ventaja en la lucha por la vida. Los hijos, siguiendo el mal ejemplo de sus padres, buscan también en círculo vicioso interminable la manera más sencilla de remediar la apremiante situación económica y no siempre por la vía del trabajo honrado, sino que en veces de manera mucho más cómoda, acudiendo a despojar a otros de lo que han economizado a costa de largos años de trabajo arduo y libre de vicios. Y así, de manera progresiva y perpetua, lo que comenzó con la idea de una diversión "casi inocente" a través de unos pocos tragos, va minando profundamente la economía y la estabilidad de los hogares, precipitando nuevas hecatombes que han de traer al mismo tiempo la ruina total de toda la sociedad. El bebedor, aun cuando no mate, ni robe, ni sea asesinado en plena riña, se convierte en un guñapo de individuo incapaz de atender a su propia existencia y al mantenimiento de sus propios vicios, poniéndose así de nuevo al borde del asalto de las personas honradas que duramente se defienden a través del trabajo constante y de la casi privación, para poder economizar algo que cubra las situaciones a-

premiantes que en veces sobrevienen de manera inesperada.

Fuera de estos daños espectaculares provocados por el alcohol, hay muchos otros que se pueden poner a su cuenta sin ningún esfuerzo de la imaginación, por ejemplo los accidentes de automóviles y otros, que casi en su totalidad son cometidos por individuos bajo la influencia del alcohol. Se ponen así en dificultades económicas y aun legales que pueden trastornar no sólo la vida de ellos mismos y de sus familiares, sino también la de aquellos que en la generalidad de los casos han sido víctimas inocentes.

Pero también en la ejecución de los trabajos de la rutina diaria deja el alcohol una huella permanente, pues es conocido que muchos individuos no pueden llevar a cabo en las fechas precisas prometidas las tareas que les han sido encomendadas, porque como consecuencia de los tragos del sábado y del domingo o del aperitivo diario, no están habitualmente en condiciones de rendir buen trabajo el lunes y muchas veces tampoco el martes por consiguiente la entrega del trabajo prometido y dejando de manera general obras de acabado no satisfactorio que sólo bajan su crédito personal como trabajadores y que progresivamente acentúan la pérdida de su sentido de responsabilidad.

Muchas personas encargadas de la custodia de fondos pero de manera regular o accidental se dedican a la bebida desajustan su presupuesto con motivo de lo cual se ven después en situación de tener que cometer robos en los dineros o especies que les han sido confiados y se precipitan entonces decididamente en el sendero del crimen, arrastrando con ellos a sus familias en la pendiente de la miseria y de la vengüenza.

Algunos ponen de pretexto que se dedican a la bebida para olvidar

sus dificultades económicas u otras, no haciendo con ello más que agravarlas multiplicándolas considerablemente. Es posible que la situación nutricional de muchos individuos y poblaciones enteras no sería tan mala si sus salarios fueran invertidos principalmente en cubrir las necesidades básicas y no en derrocharlos tontamente a través de vicios que además de traerles pobreza les trae el embrutecimiento, la pérdida de la salud corporal y la vergüenza, poniéndolos a la vera del crimen.

El mal ejemplo de la bebida cunde en muchas familias y en la actualidad no es raro ver mujeres e hijos imitar gozosamente y aun con orgullo al padre borracho que les está robando su estabilidad y los elementos más esenciales de la vida y que además de ello los sume cada vez más en la ignorancia que destruye individuos, familias y naciones.

La valentía y euforia provocada por el alcohol es imitada con gran facilidad, sobre todo si se tiene en cuenta la enorme cantidad de anuncios aparecidos diariamente con profusión en periódicos y resonando a todas horas en las radio-difusoras, está empujando a los individuos día a día a esta apariencia de felicidad barata con envaletonamiento tonto que ha sido endiosado de manera tan aparatosa por reportajes amarillistas acerca de criminales, asesinos de la existencia y de la tranquilidad de los hogares. Además de la complicidad como portadores de anuncios de licores, los directores de periódicos son culpables por la propaganda desmedida que dan a los criminales de toda ralea.

En realidad cada crimen, cada robo cometido, debería ponerse en el haber de los que han hallado una manera de vivir fácil con el negocio de los licores y habitualmente de vivir muy bien, a costa de las

miserias y de las desgracias de los demás.

Los que viven del negocio de licores, fomentando así el vicio, en realidad no sólo están sembrando la muerte y el relajamiento moral de toda la población, sino que además están contribuyendo a que la ignorancia permanezca y se agrande en el mundo, lo cual es muy posible que consideren provechoso, pues es mucho más fácil manejar a gentes ignorantes que a aquellas que tienen una noción cabal del valor de sus acciones. Por supuesto, los políticos a quienes los vendedores de bebidas embriagantes dan su apoyo con toda libertad, es muy posible que bendigan esta situación, pues es mucho más fácil mantenerse e inflarse ante gentes vanas que ante gente de buen seso. La combinación por supuesto es fatal cuando gobernantes y gobernados viven en consorcio con el vicio y lo cultivan personalmente.

Cualquier esfuerzo por combatir esta vergonzosa situación cultural debería comenzar por atacar básicamente la ingestión de bebidas embriantes, hija legítima del vicio, de cualquier tipo que fueran. Es seguro que no es el hecho de que el aguardiente se venda en copa o en pacha la causa básica de la desviación progresiva de todo un pueblo, sino que radica más que todo en el hecho mismo de que el alcohol sea presentado constantemente a los individuos en toda forma: se trata ya de bebidas fermentadas hechas a domicilio, de finos licores importados o de la simple bebida refrescante con alto contenido de alcohol. El resultado es igualmente nocivo y conduce al desastre personal y económico de individuos, familias y pueblos.

Todas las fuerzas vivas de la nación deberían ponerse al servicio de esta causa y no sólo deberían avergonzarse los que ingieren bebidas embriagantes sino también

aquellos que las producen, lo mismo que la larga cadena de individuos que contribuyen a su difusión y distribución: Periódicos, radio-difusoras, carteles alusivos y aun todos aquellos otros que no pueden tener la menor celebración (se llame nacimiento, matrimonio o velorio) sin que la bebida embriagante sea el medio más eficaz y muchas veces el único factor de alegría. En muchos países actualmente no hay más medio para celebrar cualquier suceso de mayor o menor importancia o trascendencia, sino es a través de la infamante ingestión de bebidas embriagantes.

Es indudable que una de las maneras económicas más simples de parar esta hecatombe sería que los mismos individuos a quienes se les ofrece el licor rehusaren a tomarlo en forma enérgica, decidida y continua.

En muchos países, sociedades privadas (en El Salvador "Defensa Social Salvadoreña") y en casi todo el mundo "Alcoholics Anonymous", están desarrollando una empresa de gran envergadura en ese sentido y cuyos resultados, no hay ninguna duda, a la larga serán provechosos aunque relativamente lentos, pues se están dirigiendo ya a los individuos enviciados, con gran raigambre.

Es posible que en muchos países el individuo no comience a beber alcohol por problemas psicológicos pendientes, sino que más a menudo lo hace porque la intensa propaganda le ha dado la idea que la ingestión de alcohol le traerá una sensación de superioridad, aunque barata y temporal, que le cubre de cierta prestancia social. En muchos lugares en realidad no se comienza a beber porque el individuo esté enfermo, psicológicamente enfermo, sino porque cree que con ello gana grados en la escala de consideración social, deshaciéndose con facilidad de su complejo de

inferioridad. Una de las enseñanzas más provechosas consistiría en insistir sobre lo engañoso de ese espejismo que en realidad desde el primer momento no sólo lo hace aparecer como tonto, sino que después lo precipita en una pendiente ruinosa y difícil de esquivar. La enseñanza de este concepto a las jóvenes generaciones que aún no se han encauzado en el vicio, sería la más conveniente y la más provechosa y habría que usar todos los medios a propósito para extender ese evangelio en la lucha contra la degradación ocasionada por la bebida.

Es indudable que la primera escuela para esa enseñanza debería ser el propio hogar y deberían utilizarse todos los medios posibles para que aquellos que aun no han sido contaminados en el foco familiar, emprendieran la tarea salvadora ayudados por todos los medios al alcance, sostenidos por la iniciativa individual, por sociedades privadas o por organizaciones internacionales. Cualquier benefactor que invirtiera dinero en ese sentido estaría haciendo la obra más grande, de mayores proyecciones en un futuro no lejano.

La lacra mundial más grande, en el presente y en el futuro, es el alcoholismo; es el vicio que nos está haciendo conducirnos como irracionales y permanecer ignorantes, precipitándonos rápidamente en la senda del deshonor, del robo y del crimen. A su combate deben acudir todas las fuerzas privadas o públicas, organizadas o no organizadas de los diferentes países, tendiendo a aminorar la desgracia de aquellos que son víctimas de esa degradación, que si en realidad ha llegado a última hora a ser una enfermedad, no comenzó como tal, sino como una imitación simiesca de aquellos que han querido hacerse fuertes, valerosos y valiosos bajo la influencia barata de un tóxico que no llega a darles prestancia

ni valor, sino que a convertirlos en harapos de individuos y los precipita hacia sendas no recomendables en la conducta privada o social.

No hay ninguna duda que la situación se agrava en aquellos países en que el alcohol forma parte del mecanismo fiscal para hacerse de fondos que al fin de cuentas traen más pérdidas que ganancias, pues haciendo un recuento cuidadoso de lo que se pierde en vidas humanas, en días de trabajo no aprovechados, en mantenimiento administrativo de las oficinas encargadas del control fiscal del alcohol, en tribunales, cárceles, hospitales, orfanatorios y asilos, pierden más los países, mucho más que la pretendida ganancia obtenida a través de los impuestos derivados de la venta del alcohol. Debería avergonzarse todo pueblo, todo gobierno y todo país que conserve el vicio como una de las entradas fiscales, engañándose tontamente y sirviendo de ejemplo ridículo a los demás países de la comunidad internacional. Se ha dicho, y tal vez no sin razón, que muchos gobiernos mantienen el alcohol como una renta del estado porque además de proporcionarles una ficticia entrada económica, les sirve sobre todo para embrutecer a las masas que después fácilmente han de ser manejables por ellos o han de constituir guiñapos fácilmente engatuzables en las maniobras que encubren falsas democracias, tal como se ve en muchísimas farsas eleccionarias en diversas partes del mundo.

El alcohol es cierto que constituye a menudo el único entretenimiento de muchos conglomerados sociales y sería conveniente tender a sustituirlo por otras diversiones cuyos resultados fueran beneficiosos a los individuos y a los países, tal como sucede con el deporte.

Con energía, con firmeza y continuidad deberían ser señalados a la vergüenza pública todos aquellos

individuos de alta o baja categoría social y económica que hacen su vida de las ganancias del negocio de licor. Los periódicos, radiodifusoras, carteleros y propagandistas de las bebidas alcohólicas, lo mismo que los fabricantes y vendedores de este producto, deberían ser marcados con el sello infamante del que consigue dinero fácil a costa de la vida de los otros. Es únicamente con un ataque total, comprendiendo las causas primeras y los desastres últimos, que se podrá hacer una campaña efectiva en ese sentido, campaña tanto más provechosa cuanto que las consecuencias del alcoholismo se están proyectando con caracteres cada vez más terribles cada minuto que corre.

Por supuesto debería eliminarse de cualquier puesto de enseñanza que se relacione con niños, directa o indirectamente, a todos aquellos individuos que tengan afición a las bebidas alcohólicas, que pudieran así dar un mal ejemplo a sus educandos y que seguramente llenan de manera incompleta las funciones que se les han confiado. Esta eliminación de personas faltas de responsabilidad (y todos los alcohólicos deben considerarse como tales) debería hacerse extensiva a todos aquellos otros individuos que manejan valores materiales, que constituyen una tentación difícil de vencer en individuos que han perdido toda noción de honor, responsabilidad y disciplina y quienes al manejar fondos que no les pertenecen están colocados en condiciones favorables para convertirse en vulgares ladrones.

Así como se debería alejar al educador borracho de todo contacto con niños a quienes pueda perjudicar, asimismo debería eliminarse a los viciosos que manejan fondos ajenos que pudieran inducirlos al robo. Igualmente debería prohibirse de manera estricta a los borrachos el uso de cualquier instrumento que ponga en peligro la

vida de los otros, comenzando por el machete y terminando con el automóvil, incluyendo en la lista cualquier otra arma que pudiera ser de uso peligroso en individuos embrutecidos temporal o permanentemente por la bebida.

Aminoradas así las consecuencias de uno de los tóxicos más mortíferos que actualmente destruyen a la humanidad, se podría comenzar la labor positiva de culturización de las masas, enseñándolas quizá primeramente a conducirse de manera adecuada, induciéndoles la noción clara del respeto a la vida y a la propiedad y en general a todos los derechos de los otros, lo cual sería menos difícil después de haber aminorado en buena parte el elemento de perturbación constituido por el desastre provocado en las economías orgánicas y morales por el alcohol. El padre de familia podría entonces, en lugar de consumir locamente su paga en licor, llevarla al hogar para cubrir las necesidades esenciales de la alimentación de su familia y las deudas contraídas anteriormente con fines similares. Asimismo podría atender a los problemas creados por las necesidades de la vivienda, los gastos ocasionados por la educación y aquellos acarreados para atender al mantenimiento de la salud. Este cuidado de la salud debería comenzar por una alimentación balanceada en que estén juiciosamente representados en cantidad y calidad todos los factores reconocidos por los nutricionistas para que el cuerpo se desarrolle en plena función y forma. El vestido y la vivienda apropiada constituyen factores completamente de primer orden para el mantenimiento de la salud y todo individuo debería preocuparse por suplir primero estos requerimientos básicos antes de arrojar los dineros ganados con el trabajo en las redes de la degradación y el vicio.

Corolario inmediato del mante-

nimiento de una familia sana, constituiría la idea de preparar a la familia en un plan educativo que hiciera la lucha por la vida menos dura y más placentera y la elección o mejora del medio ambiente para que éste no lo expusiese a enfermedades. En los países en donde el alcoholismo se ha ensoñoreado abundan las enfermedades fácilmente evitables, como el paludismo, las infecciones intestinales, las enfermedades sexuales y la reconocida enfermedad de miseria que es la tuberculosis. Todas las plagas no se podrán alejar de comunidades miserables o ignorantes, donde todas las enfermedades hallan fáciles presas en individuos pobres, ignorantes y abúlicos, mal comidos, mal vestidos, viviendo en hacimientos de personas y animales.

Es indudable que la enseñanza fundamental apropiada a cada familia y a cada comunidad debe estar en relación con sus necesidades básicas y no habrá que esforzarse mucho en enseñar geometría a un pobre niño del campo que debería aprender las primeras letras al mismo tiempo que se le enseñe a sembrar frijoles y maíz y a evitar las aguas contaminadas que lo pueden enfermar restándole energías para el mejoramiento de su propio cuerpo y de sus propios haberes. Con la aritmética y la gramática y aún mejor antes de ello, podría entrar en conocimiento de que la bendita tierra que siembra, si le da la vida a través de su cultivo, pero donde él mismo y sus antepasados han defecado libremente por siglos, constituye una fuente permanente de parásitos y microbios que pueden llevarle a la muerte temprana si no se observan ciertas precauciones elementales de higiene.

La enseñanza por impartir debe estar de acuerdo con las necesidades básicas de los individuos a quienes se ha de enseñar: al bebedor a no beber, a los hijos del bebedor a

ETICA MILITAR

Por el Teniente Coronel JOSE MARIA LEMUS,
(de la Comisión de Ciencias Militares)

I

Preámbulo

Si se define la ética como la parte de la filosofía que se ocupa de la moral, trataré de definir, bajo el rubro de ETICA MILITAR, cuál es la moral particular del soldado, tanto en lo individual como en sus relaciones con el grupo a que pertenece, con el Ejército de que forma parte ese grupo y en suma, con el Estado del cual depende el Ejército mismo y la sociedad que ha dado vida a ese Estado, dotándolo de los elementos de fuerza material indispensables para llenar a perfección sus funciones. En su parte esencial, este trabajo no busca sino determinar y analizar las condiciones morales que forman a un verdadero soldado.

II

Orígenes de la Fuerza Armada

Si la sociedad, además de una "ley de procedimiento de la naturaleza es una entidad biológica que vive por sí misma y realiza por sí misma los fines de su existencia", como lo asegura Hostos, su primera misión es la de sobrevivir, la de protegerse en el grado máximo, tanto contra las propias fuerzas extrañas, exteriores, que pugnan por desintegrarla. Era natural que desde sus inicios la sociedad humana buscara los instrumentos de esta necesaria seguridad, y escogiera de entre sus propios miembros un grupo poseedor de determinadas condiciones, que se encargara exclusivamente de atender a esta seguridad, no manteniéndose perpetua y simplemente a la defensiva, sino imprimiéndole al término defensivo, desde sus primeros momentos, el carácter eminentemente belicoso, activo, cuyo valor ha llegado hasta la doctrina militar moderna, que sigue considerando la defensa no un acto eminentemente pasivo, sino al mismo tiempo un acto que comporta también acciones ofensivas. Queda esclarecido así el origen del Ejército, —de la Fuerza Armada— instituido por una imperiosa necesidad social para garantizar la seguridad de los conglomerados humanos. De ahí que la Institución Armada haya evolucionado en medida que las

no seguir el ejemplo de su padre y mostrarles los medios indispensables y básicos para conservar la salud necesaria al trabajador, compensándolo del esfuerzo rendido. La escuela sería más provechosa

si comenzara por enseñar las cosas esenciales para conservar la salud y hacer más fácil la adquisición del sustento diario.

San Salvador: Junio de 1954.

necesidades de seguridad se hayan vuelto más complejas y vastas en el cuerpo social. Tenemos, por ejemplo, que las primeras milicias de que da cuenta la historia recibían su mandato directamente del pueblo erigido en asamblea. Era esta asamblea la que nombraba a los Jefes, la que seleccionaba a los hombres mejor dispuestos para el combate, y los educaba convenientemente; la que decidía si la acción defensiva debía mantenerse dentro de los límites de la ciudad o el país, o si, por el contrario, tornada repentina pero lógicamente en ofensiva, habría de llevar a las milicias a la conquista de las posesiones enemigas. Más tarde, al sobrevenir formas de organización social más avanzada, fué el Estado, a través de sus representantes, el que asumió la responsabilidad y la dirección de las acciones belicosas. Esta misma necesidad de progreso y organización dió vida a la carrera profesional de las armas. La frecuencia de la acción ofensiva o defensiva hizo al paisano guerrador, al "civis" armado que, terminada la guerra se veía obligado a retornar a sus quehaceres habituales y no podía, por lo mismo, rendir frutos adecuados ni en la paz ni en la guerra, renunciar al ejercicio de ésta y confiar su realización en los hombres mejor dotados y que siéndolo tuvieran una real vocación por la carrera de la milicia.

Tenemos aquí claramente trazado el origen netamente popular, esencialmente civil, a la vez biológico y moral, de la Fuerza Armada. La realidad histórica hace desaparecer de un sólo golpe el absurdo de los enemigos del orden, de que la institución militar sea una institución de privilegios. El único privilegio real tiene un carácter moral: el de la confianza que la mayoría popular encarnada en el Estado otorga al Ejército al encomendarle la delicada misión de la defensa. Pero el soldado sigue surgiendo del pueblo mismo. No obstante la moderna organización, no obstante las técnicas avanzadas y las condiciones de vida diferentes a las del soldado primitivo, el soldado moderno sigue siendo el paisano en pie de defensa, el "civis" armado de los tiempos antiguos. El hecho de que la milicia sea una profesión, para nada cambia esta realidad, y antes bien sirve para determinar una condición sin la cual no existe un Ejército legítimo: la honradez y la firmeza vocacional.

III

Moral Particular del Soldado

Siendo el militar un sujeto de origen civil, ¿su conducta moral debe ser idéntica a la del simple paisano? En líneas generales sí, cuando el individuo se relaciona a conceptos cardinales como el de Dios, humanidad, patria, sociedad, familia. Pero en el terreno de su profesión, en el campo de su personal ejercicio, no basta al soldado, por ejemplo, el ajustarse al concepto de Balmes, de que "el deber es la sujeción de la criatura libre al orden moral". Este principio resulta demasiado vago para quien necesita de un sistema de moral propio, amplio, menos teórico y más preciso, adecuado al ejercicio de cada día. El orden moral deja en este terreno de ser corriente para convertirse en orden superior y excepcional, de acuerdo con la excepcional prolongación del campo de acción moral del soldado. En esto consiste la diferencia entre la moral del ciudadano y la moral del soldado. Este no es sino la expresión armada del derecho y la moral pública; la colectividad le ha otorgado la custodia de sus intereses de todo orden, y lo ha puesto en plan de superioridad sobre ella misma, dándole la facultad de armarse. Pero por este mismo acto, la sociedad expresa su absoluta confianza en la firmeza y la incorruptibilidad moral de ese hombre armado, el que a la vez adquiere el compromiso de no alejarse de la moral en el

ejercicio de sus deberes. El soldado se obliga no sólo a eso sino a algo más: a ser un individuo superior y eminentemente moral. El nivel de su moralidad ha de crecer en proporción directa a la fuerza de que está investido. Su primera obligación es la de no traicionar el acto biológico y defensivo de la sociedad que le otorga una fuerza excepcional.

IV

Compleja Estructura de la Moral Militar

Esta y otras circunstancias son las que dan su forma peculiar y su tónica siempre ascendente a la moral militar, la cual viene a ser una estructura espiritual de lo más compleja. Precisamente eso: una estructura, no un concepto. La moral militar es, por su naturaleza, una moral dinámica, activa, mientras en otros campos viene a ser casi siempre teórica y pasiva. En un místico, pongamos por ejemplo, la moral es generalmente contemplativa, desconectada de la acción. Mas, si aceptamos el hecho de que en todos los tiempos de la historia “el soldado es reclutado, armado, entrenado, únicamente para ponerlo en grado de combatir dónde y cuando sea necesario”, llegamos a la consecuencia lógica de que la educación militar no es sino “la educación para el peligro”. Es a la luz de estos principios que el orden moral, en el campo militar, se torna más complejo. Mayor es el esfuerzo moral que ha desarrollarse en cuanto mayor es el peligro en que se vive y mayor la urgencia de poner a salvo los conceptos y principios que animan la carrera militar. Por otra parte, precisa conciliar, constantemente, el sentido moral con el sentido de responsabilidad y el sentido de supervivencia.

V

Conflictos y Problemas Morales en la Vida del Soldado

Dentro del campo militar, aun en los períodos de paz y normalidad, la vida tiene una actividad sorprendente, cuyo ritmo acelerado sólo es perceptible para el hombre que se mueve en sus propios límites. Al romperse la normalidad es cuando el hombre de fuera percibe esa sorpresiva complejidad y diligencia, en la cual hasta el tiempo parece a veces carecer de sentido y dimensión. Apenas se ha logrado una meta hay que conquistar otra, en la lucha incesante por la existencia, que supone una conciencia moral siempre despierta. Los conflictos morales son frecuentes, y el soldado, sea jefe o subalterno, tiene que obrar con rapidez y decisión, a fin de salvar el elemento moral. Demasiado a menudo el hombre de armas tiene que elegir entre dos males, uno mayor y otro menor, entre dos actos a su alcance de idéntica naturaleza peligrosa, o dos peligros idénticos. Su elección tiene que ser rápida, pero en el sentido inexcusable de preservar la integridad moral. Otras veces el soldado tiene que responder ante sus mandatarios no sobre cuestiones de orden técnico: se vé obligado a demostrar no sólo si un acto fué bueno o malo técnicamente, sino también si fue moralmente bueno. En la zona restringida del mando y de la alta jerarquía, no se concibe al garn estrategia sino como un hombre de inquebrantables y profundas convicciones morales. En una retirada, por ejemplo, hay que dilucidar al mismo tiempo si ella fué un acto provechoso para la conducción de la guerra, si no comprometió en alto grado la posibilidad de triunfo o la conquista de futuros objetivos y si ella fué, en otro orden, absolutamente moral, es decir, si trató al menos de producir un bien moral, o el menor número de males; si logró discernir, en medio de circunstancias aciagas,

la suma mayor de bienes que pudiera adjudicarse. El término “retirada honrosa” no es una mera abstracción para encubrir un descalabro técnico o un momento de debilidad, sino un hecho concreto, sumamente preciso. Porque esta es una de las grandezas de la carrera militar: el someter los actos del soldado, cualquiera que sea su jerarquía, a un estricto código moral que manda a veces, en circunstancias difíciles, perecer para salvar el honor y la moral.

El examen de los hechos del soldado demanda en tales casos menos severidad desde el punto de vista técnico. No importa que la maniobra haya sido perfecta, que se haya mantenido el espíritu de las tropas, que el orden no se haya roto. Hay que cuidar de que no quede atrás, despedazado, el principio moral. En este terreno a veces no es el número de bajas, ni la precisión del cálculo, ni lo asombroso de los movimientos lo que más cuenta, lo que imprime su verdadero sello a una victoria o una derrota: lo que le imprime mayor gloria es la suma de principios morales que se han puesto a salvo.

Hablamos aquí también de victoria, porque en ella puede ocurrir igual que en la derrota. Victorias grandes desde el punto de vista técnico, son empañadas por la falta de una moral adecuada de los vencedores. En la última guerra mundial contemplamos numerosos ejemplos: las masacres en los campos de concentración, los actos de barbarie y brutalidad en las ciudades indefensas, y otros excesos que revelan falta de sentido moral de las tropas, lo mismo que incapacidad de los jefes para subordinar en un momento dado la conciencia moral de sus hombres, no pueden considerarse sino como actos nefandos, aunque hayan determinado una victoria. Muchos de los triunfos napoleónicos aparecen también maculados por acciones condenables desde el punto de vista ético. Sin embargo el pillaje y los excesos de las huestes napoleónicas en las ciudades vencidas tienen una explicación utilitaria más que rigurosamente moral: una parte de esos ejércitos estaba constituida por tropas de extracción mercenaria, y esto obligaba a Napoleón a ser un poco tolerante hacia ellas, empleando en su tratamiento una moralidad peculiar y bastante flexible. Sus conceptos en este particular pertenecen más a la política que al campo militar, es decir, hay una especie de adaptación de la moral del jefe a la moral de sus soldados, lo que no implica desde luego el renunciamiento total a la voluntad moral. Dentro de la antigua tradición bélica, la soldada del combatiente mercenario estaba constituida única y exclusivamente por el botín. Napoleón no sólo se adaptaba, empleando una política sutil, sino que en cierto modo les infundía a sus tropas en general cierta dosis de moralidad mercenaria, estimulando la codicia y aumentando en ellas de esta manera su capacidad combativa. Esta fué una de las particularidades que determinaron el triunfo de sus ejércitos, comparativamente pequeños, sobre la totalidad de los ejércitos europeos, más numerosos y poderosamente organizados. Pero el soldado mercenario es algo en desuso dentro de la moderna ciencia militar. Hace largo tiempo, desde los primeros días del Renacimiento, se consideró que la acción de ellos era desastrosa y llena de peligros, y por eso los conductores de pueblos decidieron abolirlos de la vida activa militar. De tal modo que la moral de este tipo de soldado no puede ser considerada dentro de un estudio de la moral militar.

VI

Origen y Razón de la Jerarquía

Si bien “existe diferencia entre la psicología del mando y la de la

tropa”, también es cierto que en cada soldado hay un jefe virtual, y por eso mismo el soldado, desde los primeros momentos de su carrera, debe aprender a relacionar su vida con el mando, tanto como a respetar la jerarquía, a sabiendas de que está cumpliendo un mandato de su propia conciencia, de que realiza un acto voluntario, y que la jerarquía superior no es sino un hecho de relación, jamás un acto contrario a la dignidad y la naturaleza humanas. Mandar y obedecer, para el verdadero soldado, son actos de una misma naturaleza, condicionados únicamente por el grado de jerarquía. Esto supone nada más en el que manda una decidida superioridad de carácter moral sobre el que obedece.

La Jerarquía no es sino un producto natural y eminentemente moral de la necesidad de orden. Igual que el sentimiento moral, el sentimiento jerárquico se inicia en el individuo, para extender después su influencia al grupo social. Todo acto supone una dirección, y toda dirección un director, un jefe, una jerarquía. No sólo para la guerra tiene validez la idea de que “el secreto de la derrota es la división del mando”. En todo acto de la vida colectiva se precisa un jefe, un responsable en última instancia, que haga accesible a la multitud el sentimiento de la victoria o la derrota. El jefe es, por otra parte, indispensable como instrumento de formación de una moral de grupo. “Mientras más precisa sea la imagen que el jefe se forme del porvenir, más probabilidades de ser realidad tendrá esta imagen”. Esta expresión de Clausewitz define por sí sola la naturaleza y alcances del mando. Pero quien aclara más amplia y acertadamente esta delicada cuestión, que ha sido el blanco de los más furiosos ataques por parte de quienes miran en la institución militar, y particularmente en su composición jerárquica un instrumento de opresión, es André Maurois, quien en sus famosos “Diálogos sobre el Mando”, hace expresarse así a un joven teniente de Dragones: “Excuse una franqueza, amigo civil, maestro mío, pero es que usted se forja una idea falsa del servicio militar. La obediencia pasiva no es nunca la humillación de un hombre ante otro hombre. Es la desaparición voluntaria de un individuo ante una función. Cuando yo rindo honores poniéndome a las órdenes de mi Coronel, (con gran placer se lo aseguro), no es ante un hombre que hago sonar los talones. Es ante un principio de autoridad que juzgo útil y respetable y sin el cual las sociedades humanas, nodrizas de su preciosa libertad, no habrían existido nunca”.

VII

Algunas Virtudes Esenciales para el Soldado

Después de ocuparnos de principios generales, de la doctrina moral, de la ética universal aplicada al campo militar, no podríamos prescindir de hacer, en un terreno menos ideológico y más práctico, un esquema de las virtudes esenciales que forman la doctrina que anima la vida del soldado, tanto en los períodos de paz como en las contingencias de la guerra. Esto permitirá considerar la moral militar como unidad, bajo el principio de que para el soldado la moral no es una forma abstracta, sino un cuerpo doctrinario real, potente, indivisible, ajeno a toda sutileza metafísica.

Empezaremos por asegurar que la verdadera moral militar comienza, y casi podríamos decir que consiste, en la legítima vocación. En ningún terreno como en el del aprendizaje militar, una vocación falseada o no esclarecida suficientemente causa tantos daños al individuo, a la colectividad gremial y a la sociedad en general. La vocación equivocada es el camino para llegar a eso que los normalistas señalan como “la pendiente por donde

se precipitan todas las instituciones humanas que desconocen la moralidad de su destino". Cuando en la elección de la carrera militar influyen otros factores antes que la gozosa certidumbre de que en ella se sirve mejor a la sociedad, a la patria, a la humanidad, a través de sacrificios mínimos o grandes, puede decirse que el individuo no actúa moralmente en el esclarecimiento de su vocación, y por lo tanto, no llegará jamás a ser un soldado, o lo que es peor, llegará a ser un mal soldado, siendo la sociedad la que soporte en primer plano el peso de la falta de responsabilidad consecuente a una vocación desorientada.

Las virtudes morales son de tal naturaleza que van apareciendo encadenadas unas a otras, de tal modo que no es posible referirse a una, sin que aparezca la idea de otras que le son afines, hasta llegar a magnitudes insospechadas. En la moral militar, mucho más compleja que la moral corriente, este fenómeno expansivo se precisa más, por cuanto los actos más sencillos del soldado son influenciados en una forma tal por el principio moral que para el soldado el uso debido del tiempo y aun la higiene misma, vienen a ser principios de moral. No pretendemos, por consiguiente, agrupar en el trazo a continuación la totalidad de las virtudes militares, sino unas cuantas entre ellas que consideramos importantes, aparte de las tres primeras, que son esenciales, y son las que se consideran virtudes-clave dentro de la moral militar.

PATRIOTISMO.—El patriotismo es la virtud fundamental del soldado. Sin un amor profundo por la patria y por todos los símbolos que la representan, la vida del soldado y aun del Ejército carecen de sentido. El primer deber del soldado es cultivar a diario los sentimientos de amor a la patria, ya que en este amor encuentra el aliento necesario para sobrellevar una vida no dedicada al goce, sino inspirada en el más noble sacrificio. El patriotismo debe asumir la forma de un culto religioso, "ya que las tropas necesitan de ese sentimiento superior para poder responder a las esperanzas de la patria: sólo el amor a ella puede guiarlas a las acciones gloriosas y provocar el valor y los rasgos del heroísmo, así como la disciplina, la obediencia, la abnegación, la constancia, el sacrificio, la abdicación del bienestar personal". Toda idea que tienda a destruir la noción de patria, que se oponga al santo amor a ella, que la niegue a ella o a sus símbolos, debe ser vista con desconfianza por el soldado. A este respecto, el sentido moral del soldado debe mantenerse siempre alerta, en guardia, despierto, y debe ser una función activa. No basta con brindar a la patria un amor pasivo. Hay que asegurar y conservar ese sentimiento, oponiéndolo con certeza a toda corriente adversa que pugne por eliminarlo o sustituirlo.

HONOR.—El soldado y el Ejército no son meros instrumentos materiales. Un soldado es un hombre dispuesto en todo momento al sacrificio en favor del bien general, y que en la realización de este acto busca conciliar el máximo de utilidad con el máximo de moralidad. De aquí que no se conciba a un soldado que no sea a la vez un hombre de honor. Este sentimiento debe impulsar toda la vida moral, infiltrándose hasta en los actos más sencillos del soldado. Vivir con honor, morir con honor, es lo mismo que vivir bien y morir bien, en perfecto acuerdo con los principios morales de los cuales uno de los más brillantes es el honor. Hasta en la hora de la muerte el sentimiento del honor debe estar junto al soldado, infundiéndole fortaleza, librándose del pánico, escudándose contra la cobardía y la debilidad. El honor militar no comprende únicamente el respeto y el sacrificio en favor de los principios jurados. Se extiende a todos los principios, y debe imprimirse a todos los actos de la vida, en guardia contra

las sorpresas y los asaltos repentinos de la ambición. Debe ser la fuerza viva para resistir al halago, al soborno, a las tentaciones de toda naturaleza que encuentran en el deshonor el camino abierto hacia todas las infamias y los actos anti-sociales.

DISCIPLINA.—La disciplina cierra el triángulo de las virtudes fundamentales del soldado. Patriotismo, honor, disciplina son el germen de otras muchas virtudes, que dan fisonomía a la conducta permanente del soldado, orientada por un mandato biológico y moral: defenderse, conservarse, conquistar. La disciplina no se entiende sino como un acto voluntario, que engendra y regula al mismo tiempo la capacidad de mandar y la voluntad de obedecer. No se puede obtener sino a base de constancia, esfuerzo, sacrificio, ejercicio perenne de la voluntad. Su campo de acción es tan amplio y sus proyecciones tan poderosas, que a veces se la confunde con la moral misma. Pero podemos muy bien convenir en que “la disciplina militar, casi en su mayor parte, tiende a eliminar la exageración del instinto de propia conservación, reduciéndolo a elemento de defensa natural”. Esto en un sentido, pero en otro ella orienta y anima la voluntad, afirma la fe en los principios morales, e impulsa al soldado hacia el cumplimiento estricto y consciente del deber. “La disciplina es, dice Alcorta, cosa tan necesaria al organismo de un Ejército, como que no puede haber mecanismo por muy sensible que sea, sin un orden que secunde la acción del brazo que lo mueve. El valor de un hombre solo, de cien hombres, es muy poca cosa si se mueve a capricho; por el contrario, la fuerza de pocos, ordenados y compactos, movida por una sola voluntad, gobernada por un solo hombre, es una gran potencia”.

AMOR A LA LIBERTAD.—“No ama a la patria el que no ama su libertad”. Este simple enunciado determina cómo el amor a la patria y a la libertad son una misma cosa; y ambos sentimientos deben estar perfectamente identificados en el corazón y el espíritu del soldado. Por otra parte la protección de la Patria implica siempre la protección de las libertades y de la libertad en un plano integral, no sólo contra enemigos exteriores, sino contra las fuerzas disolventes del interior.

VALOR.—El valor va unido indisolublemente a las virtudes primarias del soldado. Se ha dicho que el verdadero espíritu militar está constituido por dos condiciones: el valor de elegir, y el valor de mandar. El amor a la patria, el amor a la libertad, el amor al honor y el sentido estricto de la disciplina son los elementos de que está constituido el valor. Para la definición amplia y correcta de esta condición moral del soldado hemos de recurrir a Clausewitz. Dejando aparte el valor que implica en sí misma la responsabilidad que asume el soldado, este genial autor llega al terreno en donde se muestra “el valor en presencia de un peligro”. “Este valor —dice— es de dos especies; puede aparecer ante todo como indiferencia al peligro, sea que esta indiferencia provenga de una particular constitución orgánica del individuo, sea que venga de la poca importancia que éste concede a la conservación de su vida, sea que constituya, en fin, el resultado de una aptitud adquirida. En estos tres casos el valor debe ser considerado como actividad inherente.

“En segundo lugar, el valor puede tener un motivo positivo de acción, como la ambición, el patriotismo, un particular entusiasmo etc. El valor es entonces un impulso del alma, es fruto de un sentimiento que lo agita, es, por consiguiente, eventual y contingente.

“Estas dos clases de valor producen necesariamente efectos diversos. Ciertamente, el primero es más sólido y transformándose en estado de segunda naturaleza, no abandona más al hombre; ofrece los recursos de la perseverancia y deja mayor libertad al juicio. El segundo se acerca mayormente al ardimiento, conduce algunas veces más lejos; en algunos casos es capaz de exaltar el espíritu, así como también es capaz de cegararlo. Reunidos ambos constituyen la más perfecta expresión del valor”.

Esta definición deberíamos mantenerla siempre presente, por cuanto ella abarca tanto las reacciones físicas como espirituales. Util en grado máximo será para el soldado experimentar el valor en todas estas formas. Pero en camino de escoger, nosotros optaríamos por que mantuviera perenne el concepto y ejercicio del valor “como impulso” del alma, con un solo motivo de acción: el patriotismo, el amor a la libertad, el cumplimiento del deber”.

FRUGALIDAD.—No debe el soldado perder de vista, jamás, que los males del cuerpo enferman el espíritu. Por eso ha de vivir en una forma sana y moderada, de acuerdo con los preceptos de la higiene que, como ya lo dijimos, es también para el soldado un principio de moral. La embriaguez, la gula, la incontinenencia, el amor exagerado por los placeres de cualquier naturaleza son los principales enemigos de la moral. El soldado que se aficiona extremadamente a los goces vé derrumbarse muy pronto su moral, su personalidad entera, aparte de que en lo físico recibe también innumerables daños. En este aspecto la enfermedad y el desajuste económico son la primera consecuencia. En el orden moral está la pérdida de la estimación tanto de sus compañeros como de sus jefes. La posibilidad de escalar mejor posición jerárquica queda anulada para el que no sabe ser frugal. Luego viene para él la penuria económica, nacida del hecho de haberse creado necesidades que no puede satisfacer en una carrera donde las ganancias son pocas y los deberes muchos. Como consecuencia de ello adquiere a veces compromisos onerosos, que lo hacen en cierto modo depender de voluntades ajenas; se expone también al soborno y a toda clase de actos deshonorosos que tienen por causa el interés. Siendo la carrera militar una carrera de privaciones, el soldado debe someterse en el campo económico a la más estricta disciplina. Sus ingresos han de distribuirse en una forma tal que permitan la existencia decorosa y limpia de él y todos los suyos, dejando un ligero margen que le haga factible al mismo tiempo practicar la indispensable virtud del ahorro. Por otra parte, ha de considerar el soldado que la frugalidad en el comer, en el beber y en todas las actividades de orden físico, da por resultado un cuerpo sano, vigoroso, capaz de resistir todas las fatigas, y un espíritu alegre, satisfecho, en paz consigo mismo.

TRABAJO.—Ni un sólo minuto para la holganza: esta debe ser en el campo del trabajo la divisa del perfecto soldado. En una profesión como la de las armas, en donde el tiempo juega un papel de primordial importancia, suele haber sin embargo, fuera del ejercicio profesional, determinada cantidad de tiempo al que las ordenanzas no consideran como tiempo activo. Corresponde al soldado darle una aplicación, convertirlo en tiempo útil. La buena lectura, el ejercicio corporal, la radio, el cine, son poderosos instrumentos de cultura que hay que saber aprovechar en los momentos desocupados. Estos pueden también dedicarse a realizar pequeños servicios tendientes al bienestar colectivo, ya en el cuerpo en que se sirve o en el campo de la actividad general. Ser miembro de un patronato, capitanear un grupo deportivo, colaborar en las revistas profes-

sionales u otras publicaciones, o aun el simple acto de escribir una carta a un amigo, son formas de aprovechamiento del tiempo que cultivan la voluntad y contribuyen a la elevación de la moral.

SOLIDARIDAD.—El soldado no puede ni debe ser ajeno a los sentimientos de solidaridad humana. Es una de las virtudes que hay que cultivar con mayor entusiasmo. Una palabra amable, un consejo oportuno para el compañero enfermo o acongojado, son actos que producen sano contento y al mismo tiempo tornan simpático a quien los ejecuta. Ningún dolor, ningún trance apurado, deben ser indiferentes al soldado, ya se trate de la esfera militar en que habitualmente se mueve, o de sus contactos con el mundo civil. Hemos de repetir que el soldado no debe estar sólo dispuesto para las grandes acciones heroicas, sino también para servir dentro de campos restringidos, donde su espíritu de servicio pueda en todo momento ser probado y fortalecido.

PERSEVERANCIA.—La perseverancia se define como firmeza y resistencia de la voluntad con respecto a determinadas situaciones. El soldado tiene que ser por excelencia perseverante. Una voluntad débil o floja o un carácter blanducho y fácil de vencer constituyen enemigos mortales. La base de los grandes resultados consiste en no dejarse desalentar jamás por los fracasos momentáneos, y antes bien aprovecharlos en su legítimo valor: como elementos de experiencia. No dar paso jamás al desaliento, constituir cada mínimo fracaso en un elevado triunfo, así sea en la vida pacífica como en el campo de batalla, eso es la virtud de la perseverancia. El soldado no debe perder de vista jamás la verdad de que “en el arte militar, la experiencia tiene ciertamente más valor que cualquier verdad filosófica” y por eso mismo debe orientar su vida en el sentido de acumular, en cada momento que transcurre, el mayor número de experiencias.

DESINTERES.—El acto moral en toda su eficacia debe ser absolutamente libre, tanto como absolutamente desinteresado. Así como no se concibe un soldado ebrio, negligente, holgazán o perezoso, tampoco puede concebirse un buen soldado avaricioso, interesado, dispuesto a hacerse pagar cada acción, cada sacrificio. Así permanezca en los grados inferiores o logre ascender los más altos rangos de la jerarquía, el soldado ha de conservar su desinterés, “haciendo consistir su riqueza y su fortuna, en la sola satisfacción de haber mandado los ejércitos con dignidad”.

ESPIRITU DE JUSTICIA.—El espíritu de justicia es otra virtud indispensable. Por medio de él logramos discernir el castigo y la recompensa, para cumplir el precepto de “Dar a cada quien según sus obras”. Aplicado a nosotros mismos, el espíritu de justicia nos otorga la voluntad superior para auto-analizarnos fría y serenamente, y rectificar nuestros pasos equivocados, situándonos en el plano ideal donde vivir no es sino “creerse uno mismo; conocerse como línea de partida; conocer ese apetito de placer, ese amor propio inquieto, ese espíritu perezoso; conocerlos y rechazarlos, reconstruirlos tal como se les desea”.

SINCERIDAD.—El grado de sinceridad del soldado debe ser tal, fijarse de tal manera en todos sus actos, que lo haga sentirse justamente ofendido cuando alguien, sea superior, subalterno o compañero, ponga en duda la realidad de que ella es el único guía de sus actos y pensamientos. El descrédito en que cae rápidamente un hombre habitualmente insincero y falso es irreparable.

Plebiscito Plenilunar en la Ciudad de los Muertos

Por el Dr. MANUEL ZUNIGA IDIAQUEZ,
(de la Comisión de Arte)

En el plenilunio de una de esas inconfundibles "lunas de Enero", al filo de las 12, la hora predilecta de los aquelarres, se verificó extenso plebiscito en la Ciudad de los Muertos, formado por la gran mayoría de los moradores de la Necrópolis y selectas Delegaciones de los cementerios correspondientes a poblaciones aledañas como Mejicanos, Villa Delgado y Soyapango, cuya reunión tenía por objeto tratar del apremiante asunto de la estrechez insostenible en que se encuentran los terrenos destinados al acondicionamiento de las últimas moradas para los futuros habitantes de dichas circunscripciones.

Como es natural, todas las clases sociales, desde las más humildes hasta las más elevadas, tenían su consiguiente representación y de común acuerdo se les dió la palabra a quienes se consideraban mejor preparados para opinar.

Desde luego se descartó la idea

de "ensanchar" los actuales camposantos, por diversas razones: 1ª) la grave circunstancia de hallarse todos rodeados de casas, no sólo contraviniendo los mandatos de la Higiene, sino estorbando la paz tan celebrada de los sepulcros; 2ª) la elevación inaccesible de valores de los sitios adyacentes, capaces de aterrorizar a quienesquiera que intenten adquirirlos; y 3ª) la mala configuración de los mismos.

Se hizo notar que la Capital crece desmesuradamente, siguiendo la ley a que parece sometido el desarrollo de las grandes ciudades, siempre hacia el Occidente; que para esto no hay escrúpulos, ni preocupaciones, por constituir el interés de todos los moradores, dispuestos a pagar lo que sea por tal de ostentar moradas a cual más suntuosa y confortable, mientras que la "Ciudad de los Muertos" parece constreñida a vivir como encerrada por un círculo de acero, sin esperanzas de conseguir el permiso pa-

ESPIRITU DE SACRIFICIO.—Preparación para el peligro no es sino cotidiana preparación para el sacrificio. Por ello el espíritu de sacrificio debe ser cultivado intensa y tenazmente por el soldado. El sacrificio no entraña forzosamente la idea de la muerte violenta o el desgarramiento material. La vida corriente está llena de pequeños detalles, de mínimos incidentes a través de los cuales puede mostrarse, forjarse y fortalecerse el espíritu de sacrificio. Esta condición moral permite al hombre no sólo enfrentarse con ánimo y decisión a las ligeras contrariedades cotidianas sino que, en su grado más alto, le otorga la sorprendente capacidad de no temblar ante ningún peligro, y de realizar el sacrificio supremo y definitivo en aras del más alto ideal de la humanidad: la patria, la libertad el derecho.

ra destruir el amontonamiento o, lo que es peor, la crítica situación que obliga con frecuencia a exhumar un cadáver ni siquiera llegado al término legal, para darle cabida a otro; y mientras la Metrópoli es motivo de incesantes preocupaciones, a fin de rodearla de todos los perfeccionamientos y adelantos, los cementerios se encuentran punto menos que abandonados, sirviendo quizá de pretexto para no ocuparse de ellos la evidencia de que es impostergable su traslado a un lugar conveniente por su emplazamiento, capacidad, accesibilidad, constitución superficial y del subsuelo y vecindarios de elementos que faciliten su buen funcionamiento.

Se externaron múltiples opiniones, provenientes casi todas ellas de los modos de pensar de los mortales responsables de problemas tan interesantes, pero la que se llevó mayor número de sufragios, hasta conquistarse la unanimidad, fue la de un solar situado en dirección a Soyapango, siquiera de unas 140 manzanas de extensión plana, sin riesgos de encontrarse con el agua a poca profundidad y con la ventaja de poder conseguirlo por unos ₡ 6,00 la vara cuadrada, en vez de ₡ 10,00 a ₡ 15,00 en los lugares adyacentes a los actuales o sean ₡ 60,000.00 en vez de ₡ 100,000.00 o ₡ 150,000.00 por manzana.

Muchos dijeron que estaba bien el rumbo, por existir en la misma dirección la mayor cantidad de gentes pobres a quienes se les acercarán las distancias aflictivas recorridas ahora. Las Delegaciones de los poblados vecinos consideraron asimismo que bien podría convenirles a ellos acudir allá, con tal de tener a sus muertos más tranquilos y seguros; aunque hubo a la vez pareceres de que sería mejor aun formar 2 o 3 cementerios en sitios bien seleccionados, en lugares estratégicos, para favorecer

a distintos sectores de la Capital, tomando principalmente en cuenta los escasos medios de que dispongan los respectivos moradores.

Hubo quienes hicieran notar las ventajas del lugar indicado, por el hecho de contar con 3 vías de acceso: la carretera actual; el boulevard en vísperas de realización, con su anchurosa amplitud; y la línea del ferrocarril, perfectamente utilizable mediante arreglos especiales. Se tomó en cuenta la cercanía del Matadero de San Salvador, que bien podrá suministrar la cantidad de agua indispensable al nuevo Cementerio; y hasta un cable primario que pasa bastante cerca, como para facilitar las numerosas instalaciones eléctricas.

No faltaron quienes preguntaran: "¿Y qué harán con nosotros entonces?" A lo cual sobraron voces decididas que propusieran: "¡Que nos lleven allá, asignándonos las parcelas necesarias para seguir disfrutando de paz, de orden y de espacio suficiente"! Ninguna falta nos harían los adornos contruidos sobre las fosas; pero aun esos podrán llevárselos, en su mayoría cuando menos; y conste que ganarán enormemente con la buena organización que habrá de dársele a la nueva Necrópolis, trazada y provista de acuerdo con las prescripciones modernas y con las experiencias realizadas".

"¿Y qué destino les darán a los terrenos desocupados?" "Esta es otra cosa que tampoco nos atañe; pero, en fin, podrán destinarlos a parques o plazas, tanto más cuanto que no tendrían que hacer el desembolso de los millones que cuestan para adquirirlos; o aun venderlos a muy buenos precios para explotarlos con jardines y plantas de adorno, por ejemplo; o con algún género de edificaciones que la Sanidad encontrara adecuadas. Lo que urge es que nos saquen de esta estrechez indigna de una ciudad

"LOS TRATADOS FILOSOFICOS" DE SENECA

Por el Profesor JOSE LINO MOLINA,
(de la Comisión de Educación)

He querido volver a leer con el mayor detenimiento el libro de Séneca, "Tratados Filosóficos", de los cuales el primero se ocupa en la DIVINA PROVIDENCIA, para ver si las ideas del gran autor español, están en armonía con lo propio que yo he observado y experimentado.

Comienza así el Filósofo:

que aspira al título de civilizada, pero que al parecer se imagina que ya pasaron los buenos tiempos en los cuales se tenían en alta estima los restos de los difuntos y con ellos la memoria que les guarda cual si fueran los seres queridos a quienes pertenecieron.

Alguien preguntó: "¿Y porqué no establecer el método de incineración? Esto reduciría a casi nada la cuestión de terreno, que ya es bastante".

Nuestro pueblo no está suficientemente preparado para hacerse a esta idea; además, no podemos desatendernos del parecer de la Iglesia, que sin duda no la ve con buenos ojos; y de que seguramente pasarán años y años antes de lograr que el sistema se generalice, como nada impedirá que en la nueva instalación se tome en cuenta esa circunstancia, para futuras posibilidades y necesidades. Siempre será mucho mejor que la grosería, por no decir la brutalidad con que son tratados los cuerpos correspon-

"Pregúntasme, Lúculo, ¿cómo se compadece que gobernándose el mundo con "Divina Providencia" suceden muchas cosas malas a los hombres buenos"?

Y discurre extensamente sobre el tema y si bien explica las razones que a la Providencia atribuye, no llega la respuesta alentadora que satisfaga la inquietud de los

dientes a las sepulturas de 3ª y 4ª categorías, para no hablar sino de ellas.

Parece que hemos terminado. Réstanos hacer llegar lo discurrido en esta reunión a las personas y autoridades de quienes dependa la solución definitiva del problema planteado desde hace años, con la premura cada vez mayor que el caso requiere, sin las evasivas y dilaciones acostumbradas en presencia de las empresas de primera magnitud.

A la luz argétea de la luna matizada de modo especial por la fosforescencia de los esqueletos, se disolvió calladamente la numerosa concurrencia, volviendo cada quien a reclinarse acaso para siempre en su postrer morada, con la esperanza de que vengan tiempos mejores no sólo para los cementerios, sino para la Nación en general, para la Patria, que sigue siendo bienamada aun en el oscuro **más allá**.

San Salvador, 31 de mayo de 1954.

que en el mundo son (somos debía yo decir) víctimas de la adversidad, e indica la compensación que en la tierra alcanzan.

Séneca era pagano. Nació allá por los años del 2 al 4 de Jesucristo, en los albores, pues, de nuestra era, en la ciudad de Córdoba, España; pero sus doctrinas están acordes con las del cristianismo y este libro suyo bien pudiera suscribirlo el más pío de los doctores de la Iglesia, tal es de pura su moral.

Hace entender en su Tratado que dando Dios trabajos dificultosos a las gentes buenas, prueba sus cualidades de resistencia y que las que de veras lo son no dejan de serlo por las contrariedades que les acometan, por grandes que éstas sean. Pero la última diferencia queda en pie. En la vida terrenal no se justifica el mal casi perpetuo que sufren corrientemente los más dignos.

Hagamos, a nuestra vez, esta pregunta, para contestarla a nuestro modo: ¿Gobiernan los hombres o gobierna la Providencia? —En la vida, que es de lucha, lo que se observa más comúnmente es un embrollo general, procedente de la unilateralidad con que se manifiesta la organización de las diversas actividades sociales y a poco que se escarbe se descubre el **monstruo del egoísmo**. Y cabe pensar que si la Providencia tuviera a su cargo el regular la vida, hallaríamos constante equidad en el reparto de los medios de sustentarla, primero: luego, en todo lo demás que la hace amable.

Puede admitirse que la vida, en parte, está regulada por la inteligencia humana: éste es un imperativo que se impone a la conciencia por el desorden que prevalece; y en parte por una **Fuerza** desconocida, independiente de las posibilidades del hombre y al mismo

tiempo **fatal**, que no ha de ser otra que la de la Providencia, y esto es lo que podemos inducir porque no escapa a los que poseen la facultad de meditar y analizar que hay un espíritu de justicia en que la volición humana no interviene, que aparece tarde o temprano para reivindicar los fueros de los ofendidos y castigar a los ofensores, estableciendo así un equilibrio en los actos sociales. No falta por completo al acierto en las cosas de la vida y ese aspecto, probablemente, es producto de la parte que la Providencia toma en la dirección de los asuntos de la humanidad.

No es la vida siempre una lucha digna y decorosa; los hombres no se afanan por la felicidad colectiva sino a través de la suya propia individual, primero y con proyecciones a la familia, después y por conseguirla, en repetidos casos, se sacrifica aquélla y de allí que abunden las ventajas unilaterales, cuyo beneficio recae en los encargados de la dirección, cualquiera forma que ésta asuma. Las ventajas no debieran existir, pero ni siquiera para los que más trabajan, aunque decir ésto parezca un atentado, porque el derecho a la vida lo tenemos por existir y no por afán de ninguna clase, que puede ser más o menos eficiente, ya que para ello somos víctimas o usufructuarios, *p a s i v o s*, entiéndase bien, **pasivos** de lo que la naturaleza nos ha negado o de los dónes con que nos ha favorecido.

Ampliando la investigación podremos exponer con multitud de testimonios, fáciles de comprobarse, que en la vida, precisamente, los más dignos son los que llevan las mayores cargas y la peor parte.

Y ¿quiénes son los los más dignos? podría preguntarse. Por lo pronto, responderíamos, los que producen algo en cualquiera de las

por levantarse; en otros son cascadas verticales que, de tanto serlo, se quiebran y toman rumbos a-poéticos, llegando a convertir la acción que debería ser elevada y luminosa, en disloques políticos torcedores del rumbo exacto de la poesía. En otros lugares la corriente intermedia posiciones. Difiere de la una y la otra y busca la extensión hacia lo alto como a lo profundo, con intenciones de resguardar y defender las conquistas que se hayan obtenido en una labor dinámica, orientada y con capacidad para dar contenidos a civilización y cultura venideras. . . .

El cuento ha tenido ascendente magnífico en las distintas dimensiones del ambiente peruano; de tal modo que es vistosa la cantidad de cuentos que muestran características variadas: cuentos con el sazón indígena, cuentos costumbristas, cuentos del norte y cuentos del sur, cuentos cholos, cuentos . . . Enrique López Albuja dió "Cuentos Andinos" y "Nuevos Cuentos Andinos"; Augusto Mateu Cueva, "Trabajadores del Campo". Escribió cuentos de ambiente indígena como "Fabla Salvaje", César Vallejo.

Con la revista "Amauta", resurge el borbollón munífico y se expande el ansia de reponer lo perdido con retenciones inexplicables. Con el APRA se marcaba un avance por rumbos diferentes aunando el esfuerzo cívico en la lucha por revalidaciones evolutivas, con el empuje a las letras y a las artes. Pero el APRA terció hacia veredas completamente políticas.

Se socabaron los fondos en que estaba dormida, o aletargada una conciencia y se escaló el barranco, se subió a la cordillera, se fué a la costa, se esparció la savia y en derredor de "Amauta" los hombres juveniles trabajaban con denuedo haciendo factible las preponderancias mentales. José Carlos Mariátegui atizaba el horno en que se acrisolaban preciosas inteligencias. Fué por ese entonces que tuvo sello de distinción —dentro los cauces literarios— el indigenismo, en el que se mantuvo Alberto Guillén, muerto prematuramente.

Ese indigenismo poético repercutió en Centro América, y en algunos otros países, llamándolo a veces regionalismo; o manifestándose con el Nativismo que en el Uruguay abandera gallardamente con jerarquía Fernán Silva Valdés. Indigenismo llamóse en Guatemala al movimiento que duró poco, en el que estuvieron Oscar Mirón Alvarez y Augusto Meneses. En el indigenismo peruano Alejandro Peralta es el apologista y panegirista del indígena. En "Ande" coloca al hijo de una civilización que se siente desvinculado en lo que corresponde al contorno de su existencia; pero que mantiene en su caldero intrínseco el espíritu del paisaje y el calor de su tiempo aletargado su vida: "El Collao" es otro libro de Peralta. El hombre telúrico agarrado por las potencias de un ancestro sin horizontes, establece el combate con la cosmicidad que también quema sus energías psíquicas.

José Valladares, como Luis Fabio Xammar extrajeron poesía del entrecruce étnico, del cholo que mira a la costa, e igual Arias Larreta. . .

Xavier Abril vivió el último ritmo cuando en precipitada fuga buscó desde la altura, que se le quebró en una visión fatal la tierra. Murió en un accidente de aviación.

La tensión alta desde un mirador secular, baja desde las elevadas zonas del Titicaca hasta los organismos en que aún se ve lo que el español injertó.

Chocano es uno de esos pregones épicos vibrando en diapasones casi iguales, lo español y lo indígena. Así se manifiesta su poesía.

Visible en la contienda, tremenda contienda con la razón es la de un hombre que —no se sabe si aún vive—, fuera de esa órbita en que se abaten ansias y se surte de lógica el intelecto, escribe sorprendente poesía: MARTIN ADAN.

La llama de una inteligencia privilegiada en la lucha, sobrepone una conciencia superior; el otro yo que rige hilos intuitivos, aunque navegue en lagunas oscuras, perdida la palabra concreta dirigida con lógica, porque entre esa conciencia que actúa intrínsecamente y el cerebro que se agita para modelar la frase y expresarla, o para mover las otras facultades personales, están el disloque, la ruptura del esfuerzo y el fallo obligado por la destrucción de lo que llamamos normal. En cambio, el poeta desde el substractum de la obscura y extraviada razón o sea desde lo que no es igual en todos, en un estado, dijéramos de ensoñación, esa potencia inconfundible poética, predomina sobre el neufragio extorsionador de la armonía en que se desarrollan las ejecutorias racionales. Loco para otras actividades, Martín Adán, su inhibición concluye cuando hace poesía.

Sorprende este caso. Más sorprendente que el de Alfonso Cortés, el poeta nicaragüense que entró a las tinieblas de la locura en 1927 y que rotas las amarras de su barca mental, la tempestad en que arremolina su existencia apenas si le permite, en claros muy escasos, extraer de su universo poético mutilado, uno que otro perfil luminoso, pero sin aquel vigor que imprimió en sus poemas antes de llegar a la locura.

Martín Adán siempre fué inquiridor de subvertientes. Mantúvose antes de la locura en lo metafísico de la poesía encontrando en los comienzos del tiempo, si es que el tiempo tuviera comienzo y los del espacio, la raíz de sus poemas. El anduvo dentro de túneles, despertando el misterio y la sombra, tomando de donde nacen árboles y hombres, la voz que se oye por su poesía que va al encuentro de realidades aparentemente imaginadas; voz delgada con sonidos concretos.

Saliendo de esa inhibición de que hablan los psicoanalistas, si reuerce contenidos no quiebra metros. Se mantiene en un ambiente en que la vestidura es obligatoriamente clásica. Hay en la producción de Martín Adán unidad formal, aunque pareciera que los afiances en esa unidad carecieran del flujo esencial que los animara, por cierto calor metafísico, también está el equilibrio armónico.

El soneto ha sido para él recipiente oportuno de sus creaciones.

Una forma immanente, concreta en que con certeza funde los distintos materiales y mezcla colores, esencias y fuego, realizando transformaciones y trasplantes en la ejecución mágica.

En sus "Sonetos a la Rosa" como en "Travesía de Extramares", e igual en el "Itinerario de Primavera" el poeta peruano se mantiene apegado al soneto. La música se connaturaliza con todos sus movimientos e irremisiblemente construye su arquitectura en una dinámica que va de aquellas investigaciones metafísicas a lo hiperfísico, en un trayecto inconfundible como inconfundible es su mantenerse en los catorce versos del soneto, aunque —no entendemos por qué—, Mariátegui les dió en llamar

anti-sonetos. ¿Porqué? ¿En qué se fundó el rebelde combatiente paralítico para decir que los sonetos de Martín Adán son “una negación del soneto”? Apreciación ésta con la que está de acuerdo el ecuatoriano Benjamín Carrión.

Los sonetos de Adán tienen —como afirma Ordóñez Argüello al referirse a ellos— toda la escolástica del soneto. Así es. Su estructura, su técnica, su invariable forma, están en los sonetos de Martín Adán. Y no se nos diga que el antisoneto vibra en lo interno de ellos.

No cabría tampoco, puesto que en los catorce versos de Martín Adán se descarga la energía acaparada y trasegada en molde renacentista sin vaciaciones: leal al procedimiento constructor, tanto en el endecasílabo como en las consonancias no restringidas. En lo que a veces irrespetando el molde es en el uso de alejandrinos, como en “Itinerario de Primavera”, alejandrinos que usaron también Francisco Villaespesa, Juan Ramón Jiménez y otros autores en cuenta quien esto escribe en su poema “Horario Sentimental”.

Ahora bien: si por otros aspectos se les quiera llamar antisonetos a los que escribió Martín Adán, no encontramos el fundamento, ya que no son anti por estar elaborados en 14 versos, con desplegamientos rítmicos sáficos o comunes, y con una técnica que no varía; y sinó, recordemos aquello de Lope de Vega, demasiado conocido:

**“Un soneto me manda hacer Violante
que en mi vida me he visto en tal aprieto;
Catorce versos dicen que es soneto” etc.**

Y si no fuera así, entonces dónde el antisoneto? ¿Podría ser por lo que se aparta de lo intelectual para refundirse en lo anímico e intuitivo con lo metafísico, o por ligar lo natural con lo doméstico? o usando metáforas atrevidas en conflagración con ciertas estéticas tradicionales? como por ejemplo cuando en el primer terceto de su soneto “Hotel”, expone:

**“—El peligro venéreo de la estrella madama
en aderezos falsos, en quimono, en la cama . . .
Dos quepis se llevan de las manos, sonoras”**

Esto no comprueba contraposición al soneto, estructurado como lo indica lo usual en ellos.

Roberto de la Selva escribió sonetos invertidos, comenzando por tercetos y terminando en cuartetos; pero no dispuso llamarlos anti-sonetos que podría haberlos calificado así; mas les dió otra clasificación: invertidos. Otros autores también han escrito con tal forma, invirtiendo las estancias, en una desestructuración de la pieza que introdujera Boscan de Almogaber en España, a sugerencias del italiano Andrea Navajero.

Aquí, en El Salvador, en la revista Cypactly, Alfredo Cardona Peña publicó sonetos invertidos, que no eran sonetos, porque eran versos blancos, libres, sin consonancia ni asonancia.

No entendemos tampoco lo que tenga que ver el paseo de Martín Adán con un sobretodo por las calles de Lima, con la elaboración del llamado anti-soneto. ¿Que el soneto petrarquista estaba hueco al tocar con los nu-

dillos su cáscara? Será ésto distinto en lo que corresponde al material usado, vida y acción fundamentales, que faltarían en aquellos sonetos barrocos o culteranos. Pero esto ya no encaja con la negación a la forma del soneto. Esto es de referencia al contenido, conceptista quizás como ocurre con poetas que, usando la metáfora de novísima factura, mantienen métricas usadas en el modernismo dariano, con las variantes en los acentos, pero medidos en las sílabas. Más, permítasenos; el soneto de Adán tiene también de barroco. Nótase a primera vista y no hay que confundir traje con espíritu o sangre, porque correríamos el riesgo de fallar en la apreciación o en el cotejo.

Ya está dicho: con la llegada de lo moderno que es impulsado por choques en la vida de los pueblos y que sale del brote en la revolución francesa, las variantes se fueron escalonando hasta llegar a la vanguardia; mas lo que se ha hecho, quienes han usado medidas y metros, con nuevos giros expresivos, es lo que ya viene dicho desde Virgilio y repetido por Darío: "Nuevos vinos en odres antiguos" Martín Adán, en sus variaciones substanciales, no dejó lo morfológico.

Antonio de Undurraga decretó la abolición del soneto, vale decir la eliminación del encasillamiento, limitador, en los catorce versos del soneto; pero si éste se elabora conforme a la tradicional forma, cae, rigurosamente, en la clasificación del soneto, malos o regulares o buenos.

En lo que hay de poético, poesía en su trascendente atributo, Martín Adán tiene característica especial, como se aprecia en la obra de él.

Ya lo dijimos, es un atisbador de movimientos y vida de los más mínimos alientos naturales, corporales o telúrgicos. Toma los detalles y los transforma en cuerpos, o éstos fragmentados en realidades que moviliza con figuras y metáforas modernistas. ¿

Y como Lucrecio, Leopardi o Nietzsche, como el colombiano Epifanio Mejía y como Alfonso Cortés, Martín Adán, sentirá en su locura el bienestar de la poesía, distinto a la que en otros es dolor. Triturado por la dislocación racional, esa trituración lo desplaza a ámbitos superiores en una lírica que brota de la oscuridad racional pero que ilumina una conciencia poética.

Alimentándose de poesías vibra su razón en dimensiones completamente anchas, espaciales, teniendo por escenario desde el ritmo terrestre, al cósmico, afianzándose en la metafísica y fluyendo por distintas sendas en que, perdida aquella lógica, la encuentra el poeta y la rehabilita para que asiente en los marcos del tiempo una poesía que, si henchida de las inhibiciones, manifiesta clara con la presencia de lo que le ha servido para sus viajes y para sus creaciones líricas.

San Salvador. 1952.—

SONETOS DE MARTIN ADAM



TRAVESIA DE EXTRAMARES

(Sonetos a Chopín)

BERCEUSE

(Op. 27)

¡No me dejes memoria, Amor, ninguna,
Y sordo tórnaseme a razón y a canto,
Que pueda oír el hilo de mi llanto
Caer por la mejilla de la Luna!

¡Deja que arrulle a vacía cuna! . . .
¡Que clave en mi ataúd martillo tanto! . . .
¡Que, a la guita más recia, postre cuanto
Al altozano alzóse, no a ala alguna! . . .

¡Apártate, mi amor, que eres de amores! . . .
¡Mi cordero no trisque entre tus flores! . . .
¡Ni aún mi amor anide en tu hondo velo! . . .

¡Mi sér, aparta, sea: Amor insiste! . . .
¡Otro tú me rehaga, impar el triste! . . .
¡Yo, incapaz de caricia y de consuelo! . . .



VERSO SCHERSO

(Op. 35)

¡Si es en balde ya nombre o melodía! . . .
¡Si tu dolor no acudirá a tu mano,
Que remontarse habrá, graznando, a piano
De solo y sordo, honda la vacía! . . .

¡Si la tu invocación es pena mía,
Cuerpo de amor que enseñase en mi plano! . . .
¡Si te soy elemento deshumano,
Y en mi el dolor un pez de alegoría! . . .

¡Si la escama y el lampo de a tu entena,
Honda en mi onda la lengua breve y muda
Que me cuece y consume, te es ajena! . . .

¡Si no eres tú mi tabla ni mi arena,
Sino la mano más asida y ruda,
Que ni acertó a pescar mi fuego y pena! . . .



ITINERARIO DE PRIMAVERA

Hotel

En su sabor romántico de naranja de enero,
en un dulzor de valse, ácido todavía,
en el cesto de mimbre del verano frutero
en yerbas de artificio, en pelusas de día . . .

—Gran hotel en arena—. Salmones sin dinero
exigen en los bares su trago de alegría.
Precipitadamente, registro del lucero,
Venus aventurera, se da a la policía.

—El peligro venéreo de la estrella madama
en aderezos falsos, en quimono, en la cama . . .
—Dos quepis se la llevan de las manos, sonoras.

Cucharillas de plomo frustran la luz perfecta,
la Suzanne de a mi lado se pone azul, abyecta,
y anclan en mi jarabe las barcas pescadoras.

Altura

Biscochos con las cimas de azúcar en terrones
ascendidos de moscas afónicas y memas . . .
—Aquí se manifiestan muy bien las estaciones
del año con angustias de síntomas de eczemas.

Proverbios Chinos

Por BRAULIO PEREZ MARCHANT,
(de la Comisión de Protocolo)

Después de un pesado trabajo de investigación histórica el que llevamos a feliz término con la obra "China, Tierra del Dragón", logramos obtener una verdadera primicia en materia de Proverbios de los grandes pensadores de la China Milenaria; de ese país que impulsó la cultura en el Oriente misterioso, y qué con el correr de los años, llegó hasta nosotros como un faro de luz para iluminar las conciencias de quienes han vivido y viven sedientos de saber en este áspero camino de la vida.

De esta pesada investigación en libros y revistas de varios autores, logramos obtener un verdadero ramillete de pensamientos de un inmenso valor moral y educativo; los mismos qué, hoy, damos a la publicidad como una alta nota de reconocimiento a esos valores que ya desaparecieron de este mundo porque fueron materia; en cambio, su espíritu, sigue viviendo entre nosotros con todo el esplendor de su grandeza. Y, para demostrar la importancia que estos Proverbios tienen en la hora presente, los damos a continuación.

"Entre los mortales, quien está completamente libre de faltas? — Nadie, porque como ser humano, no está exento de ellas.

—La verdad campea en todas sus faces al extremo que el que más defectos tiene, critica al que tiene menos.

♦ ♦ ♦

♦ ♦ ♦

"El mayor defecto, es tener defectos y no tratar de enmendarlos"

"La verdad, es más fuerte que la Ley". Concepto admirable por-

Sequedad del invierno; — pinos de inhalaciones someten a amarguras taninas cientos de Emas. El otoño, escamado, final, a comezones desconecta la tisis en sus prisas extremas.

Eruptivo verano, primavera incipiente pasan por hielos cines tan invertidamente que mil Emas olvidan la salud, la campaña. . .

El hotel. . . consolándose de una Ema que muere, y cada enfermo sano, a la hora que prefiere, se nutre del cacao bruto de la montaña.

que un ser bondadoso puede alcanzar frutos más benéficos que los que puede otorgar la Ley.

♦ ♦ ♦

“El exceso es tan malo como la falta”. Indudablemente; así lo es. Para evitarlo, hay que buscar el término medio.

♦ ♦ ♦

“Las buenas palabras, son como un collar de perlas”. El filósofo califica las buenas palabras como a las perlas; y las malas, las deja en silencio. (Nosotros creemos que las quiso comparar con el fango; pero, dejó sin terminar su elevado pensamiento).

♦ ♦ ♦

“El nacimiento no es el principio, ni la muerte el fin”. Tiene razón, porque, primero es la gestación de la vida y después el nacimiento. Y en la muerte, no está el fin de la existencia sino que con la destrucción de la materia.

♦ ♦ ♦

“Se bondadoso, pero no abuses de la gratitud”. La bondad termina cuando nace la ingratitud.

♦ ♦ ♦

“La más pálida de las tintas, es mejor que la más retentiva de las memorias”. Hay razón para pensarlo así, porque, la memoria, es susceptible al olvido, mientras que la tinta, aunque pálida, deja sus caracteres.

♦ ♦ ♦

“Un perro ladra por alguna causa y cien ladran por el ruido”. La comparación es admirable especialmente tratándose del dolor ajeno.

Nadie se compadece del que sufre, sino que se ocupan en comentarlo. (Como regla general, mal).

♦ ♦ ♦

“El conocimiento es limitado; no así la capacidad del hombre”. Muy razonable. Un hombre capacitado, puede recibir muchos conocimientos.

♦ ♦ ♦

“Es más difícil ser pobre sin murmurar, que rico sin ser arrogante”. La pobreza, casi siempre se lleva en silencio; y, por lo general, la riqueza, vá del brazo de la ostentación.

♦ ♦ ♦

“Es mejor la rectitud en la indigencia, que la depravación en la abundancia”. El carácter, no tiene situaciones; en cambio, la abundancia es en muchos casos, la generadora de la depravación.

♦ ♦ ♦

“El oro genuino, no teme al fuego”. Quiere decir que el hombre digno, no debe temer a la malediscencia.

♦ ♦ ♦

“El hombre superior, no necesita más que una palabra y el caballo ágil, más que un solo azote”. Tanto la inteligencia en el hombre como la agilidad de un caballo, son suficientes para despertarlas con una expresión y con una acción. Los inútiles, necesitan de otros medios.

♦ ♦ ♦

“Una onza de oro, puede volverse a encontrar; un minuto de tiempo, jamás”. Quiere decir que es más precioso el valor de éste que

el oro. Y nosotros, cómo lo perdemos!

♦ ♦ ♦

“La riqueza no entra, si no se deja salir parte de ella”. Hay que dar para recibir. Debemos fundamentar este gran concepto económico y moral de la vida.

♦ ♦ ♦

“La Alegría, trae felicidad aun en la pobreza; el descontento es pobreza aun en la riqueza”. La tranquilidad de espíritu hace la felicidad en todas las situaciones. En cambio, al descontento, no hay pedestal que lo resista.

♦ ♦ ♦

“Resuelve una dificultad y las demás se conservarán a distancia”. La serenidad de espíritu, permitirá resolver algunas veces una dificultad; y si se sigue con el mismo principio, indudablemente, se podrán arreglar las demás.

♦ ♦ ♦

“Vale más ser magnánimo en casa que quemar incienso en un templo distante”. Sabio pensamiento aplicable al proverbio castellano que dice: “Luz de la calle, obscuridad de tu casa.”

♦ ♦ ♦

“Las cosechas de los otros, son siempre las mejores; pero, en materia de hijos, los propios, son los mejores”. Aquí también podemos

aplicar el proverbio castellano: “Para un padre, no hay hijo malo”.

♦ ♦ ♦

“Las enfermedades entran por la boca; la desgracia sale por ella”. Admirable pensamiento basado en la verdad. La ruina y la desgracia llegan por la boca ya que élla es la caja sonora de la palabra.

♦ ♦ ♦

“La prosperidad consiste en someterse al deseo del cielo; ir en contra de él, es destruirse”. Significa robustecer la paciencia y la fé ya que con éllas, no hay desgracia que se alcance.

♦ ♦ ♦

“Es del poder del hombre hacer planes; su ejecución está en el mano de Dios”. Aquí viene muy bien la aplicación del proverbio castellano que dice: “El hombre propone y Dios dispone”.

♦ ♦ ♦

“El hambre se cura con alimentos; la ignorancia, con el estudio”. Bella comparación en la que se eslabona la materia con el espíritu como una unidad humana.

♦ ♦ ♦

“El oro resplandeciente, tiene su precio; el saber, es inapreciable”. Se comprueba que la capacidad, el saber y la inteligencia, supera a toda vanidad material.

♦

♦

♦

EXHUMACION DE JOSE ANTONIO DOMINGUEZ

Por RAFAEL HELIODORO VALLE,
(Miembro Correspondiente)

En uno de los valles en que el cielo de Honduras es más azul —el de Olancho— nació José Antonio Domínguez (1869), alma saturada de melancolía, hasta su fecha final; un poeta, nada más que un poeta. Había nacido cuando empezaban a sosegar los ayes de muchas familias a quienes enlutó la guerra civil más despiadada, y muchas de ellas habían sido dispersadas por órdenes de un inicuo presidente de la república. Juticalpa entreabría sus ventanas, al paso de la soldadesca que olfateaba las huellas de algún guerrillero rezagado, o del viajero que se detenía para contestar el saludo de las nubes que anunciaban abundosas cosechas. De repente apareció un maestro cubano, que también huía de la guerra, hacia las montañas de Honduras: era don Francisco de Paula Flores, quien se horripiló al ver, como testimonios de aquella matanza, “dentro de dos jaulas de hierro, colgadas de un madero, en el Cerro del Vigía, las horribles cabezas de los generales Zavala y Antúnez”—. En la escuela del Maestro Flores aprendió a imitar su bella letra, amparado por dos hadas de nombre suaves —sus tías Mercedes y Aurora—; había muerto su madre y el niño sentía que todo era triste en derredor. Todo era triste: hasta las “buenas tardes” de los caminantes que iban hacia el puerto de Trujillo. Cuentos de duendes y aparecidos le repetían las criadas viejas en la linde trémula de la noche; y tras los aguaceros tropicales, la única nota agradable la ponían en las huertas de Juticalpa el naranjo en flor, la reseda y el jazmín, entre el vasto olor de las guayabas maduras. La calma pueblerina se interrumpía cuando llegaba un nuevo gobernador, quizá con órdenes para engrillar o apalea a quienes fuesen sorprendidos en actitud levantisca.

De repente surgió hacia el Sur una bandera de paz. Marco Aurelio Soto y Ramón Rosa habían desembarcado en Amapala (1876), dispuestos a defender la civilización. Las municipalidades de la República fueron invitadas por el Presidente Soto para que enviaran a la capital a los jóvenes más promisoros, sin recursos, a fin de que hicieran estudios superiores a los de la primaria (1882). Juticalpa escogió a José Antonio Domínguez y Alejo S. Lara, Comayagua a Julián Baires, Yoro a Pilar M. Martínez, Jocón a Francisco Argueta Vargas y Timoteo Miralda. El joven Domínguez obtuvo el título de maestro de instrucción elemental (1885). Aunque el apoyo precuario del Gobierno era constante, la suma mensual que recibían apenas les bastaba para los gastos indispensables, y no pocas veces caían en las garras del feroz prestamista que les anticipaba la décima parte de la pensión, adiestrándose así para futuras especulaciones que le convertirían en potentado.

Pronto se asomó Domínguez a los libros fundamentales que le abrían horizontes más luminosos que los de su tierra. Se entregó a la lectura con la voracidad de quien ha entrado en un bosque sin confines, en el que los frutos de oro y las siete lámparas de la sabiduría refulgen en un labe-

rinto. Pudo fácilmente ganar el título de bachiller (1886) y al año siguiente (hasta el 9 de septiembre) fue amanuense en la Secretaría de Gobernación, pendoleando las letras que le había enseñado el Maestro Flores y gozando más las que han dejado en páginas inmortales los ingenos que son los maestros de nuestro idioma. El joven burócrata aprovechaba, a hurtadillas, las horas en que —ausente el señor Ministro— le era posible leer en calma y tomar notas. Encerrado en sí mismo, alzó entre su soledad y los chismes de las comadres el muro de madreselvas que cultivaba en su mundo interior. Leía, leía, anotaba, como para desentenderse de las aspe rezas diarias, y de los que no comprenden y degüella con alevosía y venta ja las horas en que la inteligencia puede acender sus finas mieles. En Honduras se incubaba una de las guerras civiles más sangrientas. Las dos rebeliones de generales que sucumbieron en la demanda, y el advenimiento de otro, que había jurado llegar a la silla presidencial, fusilando a quienes se le opusieran, eran síntomas evidentes de la nueva crueldad.

Domínguez deseaba un título más: el de licenciado en derecho, que logró adquirir (1890) y el de abogado y notario público (1891), muy a sabiendas de que sería uno más en la burocracia universitaria y de que le derrotaría en el primer encuentro el tinterillo de la esquina; así lo demostró cuando fue el defensor de Jorge Gallo, quien por disputar varios metros de tierra dió muerte a su contrincante. El Poeta se desencantó al ver cómo quedaban derrumbadas sus citas de códigos y de juristas ante el úkase del dictador machetero.

Pertenecía Domínguez a un grupo de conterráneos en que sobresa lían Francisco Cáliz Barahona y Francisco Lobo Herrera, en los días en que Domingo Vásquez se enfrentaba a la rebelión del Partido Liberal encabezado por Policarpo Bonilla. Domínguez salió hacia el destierro, a incorporarse a los rebeldes, y escribió himnos de guerra, con aire giron dino. Secretario particular del Dr. Bonilla, entró en Tegucigalpa al son de los clarines (1893), y nadie extranó que el joven escritor, con título de maestro y abogado, recibiera el nombramiento de Subsecretario de Ins trucción Pública y Justicia.

El Presidente Bonilla estimulaba a los jóvenes brillantes, llamán doles a su lado; y así fue cómo, además de Domínguez, tuvieron idéntico rango en el Gabinete del Ejecutivo Froylán Turcios y Juan Ramón Molina. Bajo los auspicios presidenciales se fundó (11 junio 1894) “La Juventud Hondureña”, la agrupación literaria que fue el centro renovador de la vida intelectual que habían instaurado Soto y Rosa, hombres de letras. Francis co Cáliz dirigía el periódico “La Regeneración”, Fraylán Turcios dió a la estampa su revista “El Pensamiento”, y Rómulo E. Durón, Manuel Sabino López y otros escritores flamantes colaboraban como Domínguez y Tur cios en la revista “La Juventud Hondureña”, la más representativa en aquella época en que la vida social se enlazaba a la literaria y las mujeres más graciosas ponían en movimiento álbumes y abanicos. Lupe Farrari al piano y María su hermana en su nube rosada y sensitiva, Emma Gutiérrez, María Medina, Clementina Zelaya, Lola Vigil, Lola López y Raimunda Lar dizábal, y como cincelada en marfil Lastenia Callejas —a quien llamaban “La Virgen Pálida”— daban esplendor y alegría a las fiestas en que Do mínguez lanzaba al voleo sus décimas, pero después de los aplausos volvía a su torre en que la soledad era su novia.

Un mozalbete que corregía pruebas en la Imprenta Nacional y más tarde publicaría revistas antológicas, se acercó un día (1895) a Domínguez

para mostrarle sus versos y prosas y pedirle comentarios. Cuando se los dió, le dijo:

—He rayado en sus manuscritos lo que me parece que debe usted destruir. Como verá se trata de una gran parte de sus trabajos... Usted escribe con espontánea fuerza, canta como los pájaros en las montañas; pero ignora las reglas más elementales que rigen el estilo...

Aquel año apareció "Mariposas", poemario de Turcios, con prólogo de Domínguez. Era intensa la actividad de éste: dirigía "La Juventud Hondureña", hizo gestiones con el Dr. Cáliz Barahona para que se fundara el Colegio "La Fraternidad" en Juticalpa, formó parte de la delegación de Honduras a la asamblea que dió vida a la Constitución de la República Mayor de Centro América; y fue nombrado Secretario de la Legación en Guatemala. Cuando los delegados hondureños llegaron a Corinto, la autoridades nicaragüenses les dieron bienvenida estentórea; y el Dr. Adolfo Zúniga, por tener más experiencia diplomática y ser el orador y el jurista de distinción, les presentó con hipérbolos.

—El Dr. Francisco Cáliz, el tribuno más elocuente de Centro América; y el poeta José Antonio Domínguez, orgullo de nuestro Parnaso; el Dr. Timoteo Miralda, uno de los capitalistas de Olancho; el Dr. Alberto Membréño, filólogo y abogado eminente como el Dr. Julio César Durón.

"Hombre de una timidez morbosa, turbábale toda novedad en las apariencias humanas, y todo aspecto insólito de los acontecimientos. Joven de gallarda figura, una muchacha que de él se enamorara habríale puesto en precipitada fuga. Su pasividad nirvánica, su carencia de iniciativa, su perenne irresolución ante los graves problemas que encierra nuestro destino, tenían que arrastrale a un término trágico. Cualquiera frívolo detalle oficial, exento del menor interés, asustábale como si constituyera un caso de profunda trascendencia. Me imagino el esfuerzo de su escasísima voluntad para dominar su encogimiento en alguna recepción a que asistiera cuando fue a Guatemala como secretario de la Legación encabezada por el doctor Juan Angel Arias. Misión diplomática en que irónicamente juntó al acaso a los dos varones más antitéticos que ha producido mi patria: al hombre más ambicioso y sensual, paladín de los siete pecados capitales, atrayente y simpático, pródigo y burlón, epicúreo y sin escrúpulos; y al poeta tímido y romántico, abstraído en su mundo recóndito; casto como un anacoreta, también dado a la inacción y al silencio" (21).

Timoteo Miralda, que le trató más de cerca en Guatemala, cuando éste era Secretario de la Legación de El Salvador, cuenta lo que sigue: "Hablabo poco, porque era muy reservado con sus propios asuntos y no se interesaba en los ajenos. No tenía relaciones sociales, ni amistad con mujeres... todos los días hablábamos juntos y lo hice conocer Guatemala. En prosa escribí muy poco y nada publicaba en la prensa; ni tan siquiera sus versos, que los escribía y los reservaba en un libro, que a nadie mostraba" (14).

A pesar de su posición en el Cuerpo Diplomático, no dejó amigos en Guatemala, ni a su paso por aquel mundo literario que era de muy buena calidad —Soto Hall, Joaquín Méndez, Manuel Valle, Rafael Espínola, el Diario de Centro América— no se dió a conocer; pasó desapercibido como otros que ni dejan tarjeta de visita ni saben conversar. No era conversador como Ramón Rosa y Adolfo Zúniga, Froylán Turcios y Alfonso Guillén

Zelaya. Era muy difícil romper el témpano de hielo de su intimidad. No era soberbia la suya, como la de Juan Ramón Molina; ni vanidad, ni modestia, sino la timidez que tanto daño ha hecho a espíritus finos que se ajan al primer contacto con la grosería. "Pocos —entre nosotros— han tenido un más noble espíritu, un corazón de oro de tan altos quilates" (9).

Molina alborotaba el cotarro de los periodistas y los hombres de letras de Tegucigalpa. Desde el "Diario de Honduras" agredía e injuriaba, y varios de sus rifirrafes culminaron en varapalos callejeros; por ejemplo, con José María Moncada, Carlos Gutiérrez, Alejandro Miranda, Enrique Pinel, Rómulo E. Durón y el guatemalteco Leopoldo Culebro que le arrojaba lodo desde Quezaltenango. Su altanería era demasiado ofensiva para los buenos ciudadanos que le habían visto de niño llevar palmas benditas el Domingo de Ramos. Nada de extraño tiene la aseveración de que cuando le mostraba Domínguez sus versos, el jupiterino Juan Ramón "se los destrozaba". (17).

Aquellos incidentes, que eran sabrosa comidilla para los doctores en chisme, se olvidaban al contemplar a Rosinda Fiallos o a Luisa Martínez —bellezas legendarias— o al pasar frente a los balcones de Lupe Ferrari, quien acompañaba al piano el violín de su enamorado Carlos Hartling. Eran los timesteps en que Turcios comentaba "Blanca Olmedo" de Lucila Gamero y su hermana se escondía tras el visillo de un pseudónimo para publicar sus prosas. No sólo le gustaba reñir con los hombres de pluma, sino también con los de espada: en vez de editorial, en "Diario de Honduras" insertó el famoso artículo "El hacha que afilar" de Benjamín Franklin, y el Presidente Cierra, enfurecido y dislocado, creyó que el verdadero autor era Molina; y extraurgentemente, le condenó a trabajos forzados, con centinela de vista, en una carretera... ¿Qué opinaría Domínguez, cantor del cóndor, al ver vilependiado al autor de "El águila"?

Domínguez fué catedrático de literatura preceptiva en el Instituto Nacional de Tegucigalpa (1897-1899) y de Historia Moderna y Contemporánea (1900), Magistrado Suplente de la Corte Suprema de Justicia (1900), y luego se trasladó a Juticalpa, siendo profesor de Análisis y composición de la Lengua Castellana, Historia Universal y Filosofía en el Colegio "La Fraternidad" (1901).

Se aproximaban días inquietantes, porque se elegiría al nuevo mandatario. Se disputaban la silla codiciada, el general Manuel Bonilla, el doctor Juan Angel Arias y el ex-Presidente Soto. En la prensa política terciaron Francisco Cáceres, Augusto C. Coello y Miguel Angel Navarro, el último desde "La Profilaxis Política"; Timoteo Miralda, con "La Voz del Pueblo"; los doctores Antonio R. Vallejo, Alberto Uclés y Rómulo E. Durón, con "La Paz"; y Juan María Cuéllar, Alonso A. Brito, Julián López Pineda y José Antonio Domínguez que dirigía "El Combate". (1902).

Los días del poeta estaban contados. La injuria procaz dió paso a un nuevo incendio, en el que robles y rosales caerían sobre tierra saturada de sangre. La derrota de Arias fué total y Domínguez no pudo resistirla, temeroso de ser ahrojado o sacrificado, e imitando a los poetas hispanoamericanos que se habían dado a la muerte con revólver, satisfizo la obsesión que le perseguía, y el Domingo de Ramos de 1903 sufrió las ansias terribles de no morir instantáneamente.

LA OBRA DE DOMINGUEZ

En el panorama literario del siglo XIX hay cinco líricos en Honduras: José Trinidad Reyes, Manuel Molina Vigil, José Antonio Domínguez, Froylán Turcios y Juan Ramón Molina. Antes de ellos ningún hondureño buscó en la palabra la expresión del sér. Reyes era el poeta que hablaba al pueblo en idioma sencillo, para civilizarlo; Molina Vigil, imitador de José Joaquín Palma —el cubano que casi se expresaba en verso— como los trovadores— sostuvo con él diálogos rimados; y Molina y Turcios, en cierto modo, fueron los primeros secuaces de Rubén Darío. Quedan algunos lamentos amorosos, con ritmo de arpa, que dejaron Alberto Uclés y Rómulo E. Durón, discípulo de Palma; y otros con música de guitarra, como aquellos de “al rumor de las selvas hondureñas, mi pobre cuna suave se meció”, que poco a poco se ha llevado el viento.

Hundida en sus montañas, Honduras recibió, más tarde que otros países, las noticias sobre la revolución literaria promovida por Darío. Eran escasas las comunicaciones con Guatemala y Panamá; la capital sólo tenía un diario, una librería precaria, simulacros de corridas de toros en las fiestas populares, ningún teatro, ni siquiera de títeres, alguna vez un circo llegado de México, y sólo algunos estudiosos, como Alberto Membreño, se atrevían a corresponder con los de otros países y seguir su trayectoria. La ocupación favorita de los hondureños en aquel siglo era la matanza fraternal y la literatura más leída la de las proclamas de los señores de la guerra y los artículos henchidos de pólvora. En tal medio nació y padeció el alma cobarde de Domínguez.

Leía a Víctor Hugo, Bécquer y Darío; aprendió a leer en inglés, francés e italiano, y tradujo pasajes de Dante, Byron, Poe, Stechetti, Chenier, Longfellow y Banville; pero también entremezclaba a esas lecturas la de los versos de Antonio Plaza, a pesar de que había escrito “Poesía es lo azul”. Indefenso para reñir con los fabricantes de diatribas, estructurado para la derrota, misógino empedernido, se refugiaba en los libros selectos para olvidar su larga agonía. Oriundo de una tierra en que los hombres han sido mártires de la violencia y la natuarleza exuberante crea fantasmas del terror, fue una excepción. No buscaba en la Poesía un pretexto para hablar de la redención del hombre en su lucha por un mundo mejor, porque la Poesía es en sí una fuente de redención; ni tampoco el renombre que muchos confunden con la grandeza. Su masaje verbal sólo era el trazo de su camino hacia las pasajeras formas de la dicha. Cuando sentía más cerca la tempestad, se le presentaba súbitamente la sonrisa del Paraíso, el amor rescatado, el oasis generoso al que en vano quería llegar. Casi todas sus páginas están impregnadas de una melancolía lancinante, y a diario se asomaba con vértigos al abismo seductor del suicidio. El lírico puro que en él se desbordaba, le permitía cultivar orquídeas efímeras que ya en el invernadero perdían el encanto de sus colores salvajes. El sentimiento de la naturaleza y del paisaje no le sacudía; y por eso, a lo largo de su producción desigual, sólo aparecen —como notas diversas— el manglar y el jilguero, trasuntos inequívocos de su tierra con ríos estentóreos y la fauna de más allá del Popol-Vuh. Algunas veces su acento es belicoso, demagógico y en otras hace gala de su saber de maestro de escuela, porque utiliza el verso con preocupaciones didácticas o para exaltar a los varones augustos del santoral cívico de Honduras.

Domínguez buscaba la expresión digna, que al final de su existencia pudo lograr. Le interesaba profundamente la formación de su conciencia

LA DERROTA DE LA CULTURA

Por GABRIEL CHÁZARO,
(Miembro Correspondiente)

La derrota de la cultura salta a la vista. La derrota de todo lo que fué y constituyó si no precisamente nuestra felicidad al menos nuestra tranquilidad. Somos spenglerianos y admitimos el fin indiscutible de un ciclo cultural. Los supervivientes del ayer nos encontramos entre el fin de un orden de cosas y el comienzo de otro. De ahí la incompreensión que señala Key-

serling. Ni los padres comprenden a los hijos ni estos a sus progenitores.

Después de dos mil años de cultura y civilización, ni siquiera hemos conquistado en el mundo hispanoamericano una verdadera y noble y levantada libertad de pensamiento. Los escritores independientes y sus órganos publicitarios,

literaria y su autocrítica era implacable. Su estilo era el producto de una batalla pertinaz contra el consonante trillado, el lugar común, la expresión cabalística; y con ello probó que no le seducían las intemperancias de los que hallaron en el movimiento modernista una manera fácil para enmascarar su incompetencia.

Se ha dicho que en él apareció, por vez primera en un poeta de Honduras, la preocupación por ayudar con la palabra a la reforma social a los desheredados; tan sólo porque en uno de sus sonetos habla de "La social pelea". (12,18). Se ha hablado de su mística (17) quizá aludiendo a su "Himno a la materia", si bien era tan sólo un secuaz de la escuela positivista. Sería más justo decir que sólo era un poeta, que ya es mucho ser; no importa que un poeta de claroscuro, de penumbra crepuscular. No ha faltado quien diga que es "el puente que une a los románticos del siglo XIX con los modernistas del siglo XX" (13). Era —para reiterar la frase de García Lorca— "un poeta más cerca de la muerte que de la filosofía; más cerca del dolor que de la inteligencia; más cerca de la sangre que de la tinta".

José Antonio Domínguez fué un niño sorprendido por la tormenta, y a veces se refugiaba en la plegaria, como si al borde del abismo se asiera a una flor. A la negrura que le circunscribía confiaba —como en la "Elegía de mayo" de Alfonso Reyes— "las formas ociosas que engendra en silencio el alma". El silencio, la soledad, los espectros transparentes del día, los sobresaltos de la noche, eran sus interlocutores. Y cuando la Poesía ya no pudo ampararle, abrió la puerta de la jaula al pájaro azul que padecía miedo de vivir, de sufrir; pero fue su enamorado, y gracias a ella seguirá viviendo, ya sin lágrimas, "en la urna diáfana del verso", y acaso más allá de lo que no se sabe.

Washington 30 de marzo de 1953.

siguen siendo víctimas de los mandarines. Nuestras publicaciones y nuestros pendolistas se mueven con relativa holgura pero a condición de aplaudir y aprobar. Nuestros intocables son dueños de vidas y hacienda. Y en estos momentos cruciales sin brújula ni timón, las potencias se preparan para cañonear el pensamiento y un señor Alí Khan con más millones que pelos en la vacía testa, organiza una bacanal que durará tres semanas, en el más lujoso trasatlántico alquilado por su cuenta y que costará una montaña de millones de pesos. Todo ello de dolorosa elocuencia. Unos lloran y otros ríen. El pensamiento lapidario diazmironiano flota en el ambiente aquí y allá y en todas partes a la manera de un Mane Thecel, Pares: Nadie tendrá derecho a lo superfluo-mientras alguien carezca de lo estricto.

Nada más difícil que aceptar cánones de conducta. Dice Kettering que se es muy tolerante con las cosas nuevas, a condición de que ellas sean exactamente iguales a las viejas. Nada más desquiciante que las flamantes aportaciones ideológicas. Pero si esto es explicable entre gente sin preparación; es imperdonable entre los directores de pueblos. Las ideas se discuten no se cañonean. Ayer un loco azotaba el mar; hoy muchos locos ametrallan el pensamiento. La inquietud domina las almas. Somos náufragos en una noche oscura. Nadie comprende a nadie y lo que es peor: nadie quiere comprender a nadie. Las nuevas ideologías están frente a frente como irreconciliable adalides de los cuales es absolutamente inevitable que unos perezcan para que otros sobrevivan. ¡Insania! ¡Y a esto le llamamos cultura!

Que bien ha dicho Ortega y Gasset que en cada capítulo hay sus ideas propias; su manera única de comprenderlas, de sentir las, de vivirlas, y que fuera de ese acervo es difícil cualquiera innovación. Los

intereses creados. Las ideas están a la altura de su tiempo y de ahí la intolerancia y la incompreensión y el desequilibrio para lo que llega como innovación.

La mayor prueba del desequilibrio —habla Millares Vázquez— es el descubrimiento de la fisura nuclear. No estamos preparados para manejarla humanitariamente. Ese descubrimiento ha precipitado el fracaso de la cultura. La discusión entre democracia y comunismo se ha agudizado. Cada uno se protege con el diabólico hallazgo. No hay preparación ni moral ni espiritual y mientras no se de con la fórmula política para la convivencia el caos seguirá adelante. Se afana Einstein por propagar la necesidad a su juicio "inaplazable" de la ciudadanía universal; única manera —dice— de que los pueblos no se vean arrastrados a una terrible y pavorosa conflagración universal. Las fronteras topográficas que los separan y las tarifas internacionales que los oprimen, no revelan sino egoísmo y desconfianza. Todo ello anticuado, fuera de la hora que estamos viviendo.

Tiene razón el pensador hispano cuando afirma que el conglomerado vive de las ideas dominantes ambientales. La ciencia lleva la delantera y la cultura ha quedado a la zaga. El hallazgo nuclear lejos de llenarnos de gozo ha sido un torcedor más. Urge una **Fórmula Política** que una a los pueblos. Ni democracia ni comunismo. Una por su ancianidad y lacras y el otro por su intolerancia y absorción de la soberanía individual. Le toca a la cultura estudiar el punto y ver la manera de imponerlo.

Está el mundo repleto de técnicos y de profesionales que nada aportan a las aspiraciones de los pueblos y que sólo los han esclavizado durante siglos y siglos. Hace falta algo equitativo y decente. ¡Decente, valga la frase! Una cofradía uni-

LAS BALAS

Por BERNARDO GONZALEZ ARRILI,
(Miembro Correspondiente)

Jiménez era un muchacho vecino con el que jugábamos poco y nos peleábamos mucho. Era hijo único, y vivía con su padre, hombre ya de alguna edad, viudo. Lo digo para señalar que el muchacho estaba muy mimado y era voluntarioso. Jiménez tenía, porque las cultivaba concienzudamente, algunas manías, que yo no sé si eran infantiles. Una era la de fabricar balas, arte menor en el que nos iniciamos alguna tarde de lluvia, cuando no nos dejaban corretear por los patios o la vereda. Las balas aquellas se hacían con papel y engrudo. Se tomaban hojas de diarios y se recortaban siguiendo las líneas que separaban las columnas, a todo lo largo. Luego, esa tira de papel se enrollaba, apretando todo lo que era posible y los últimos centímetros se engrudaban con un pincelito. La bala quedaba como un cigarrillo gris. Se hacían cientos de aquellos arrollados de papel, llamados balas y que nos servían después para baladrar abundantemente. Cuando no teníamos engrudo, se pegoteaba con jabón amarillo. Jiménez tenía una gran habilidad para cortar las columnas de las páginas de los diarios, sin desviar la tijera casi nada, de manera que la bala salía de tamaño uniforme. Parecida destreza gastaba en hacer los rollitos y engrudarlos. Mientras nosotros lográbamos ajustar uno de aquellos rollos, bien apretados, que no quedara forma de abollarlos, él hacía media docena. Su fábrica poseía mayor capacidad de producción. Una vez hechas las balas se ponían por orden sobre una mesa a secar, y cuando ya se suponía que la provisión alcanzaría para la próxima guerra, o por simples razones de horario, era necesario finiquitar la tarea, se guardaban ordenadamente, en cajas que habían sido de botines, que su dueño numeraba con lápices de colores siguiendo no recuerdo ahora qué teoría matemática aplicada a la balística. Su arsenal lo formaban gran número de cajas llenas de balas. La tarde que se resolvía guerrear, se sacaban por orden estricto las cajas de cartón en cuyas etiquetas se leía: Zapatería de Mengaloide de Zeta. Número 41. Y sobre ello, antes de la dirección "Calle de las Artes esquina Cuyo" con lápiz rojo: Balas Burumbún. Cal. 28. Año 3 Fab. Prusiana. Estante 4. Tablilla 438". Y si hacía falta, con lápiz azul: Usadas. O nuevas.

versal de verdad sin coronas ni centros ni vistosas clámides. Quizá y perdónesenos la osadía, menos ciencia y más cultura. ¿Tendrá razón Spengler al afirmar la decaden-

cia del occidente a la que nosotros agregamos la decadencia de todo, absolutamente de todo y la más pavorosa bancarrota de los valores morales y espirituales?

Una vez puestas las cajas en el lugar conveniente se distribuían las balas, que se arrojaban sin fusil alguno, a mano limpia, haciendo ruido de explosión con la boca y de percusión con los pies. Jiménez armaba a sus enemigos, pero, naturalmente, se reservaba una mayor cantidad de proyectiles, acto que, si por entonces nos parecía empapado en una gran injusticia, ahora se nos ocurre que estaba muy entrado en razón y ceñido a las artes de la guerra y la política. Después de todos arbitrariamente armados, con los bolsillos y las manos llenas de aquellas balas convenientemente endurecidas el secarse el engrudo, se escogían en el primer patio de la casa, por entre las macetas y las medias tinas de las plantas, los lugares geográficos de cada combatiente; llanuras, montañas, ríos. El dueño de casa hacía la distribución de los lugares. Era de notar y se lo advertían a gritos, a veces con golpes de puño, que se reservaba para sí aquellos sitios donde fuera más fácil una retirada estratégica; se quedaba en el llano, sin tropiezos de serranías o arroyos. Tenía, según nosotros, napolónicas condiciones para planear encuentros bélicos. El hecho de que nos enviara a defender medias tinas casi arrinconadas en los ángulos del patio y él se quedara dando la espalda al zaguán que comunicaba con el segundo patio, nos daba mucho que pensar respecto a sus quilates de héroe. Al motejarlo de poco arriesgado en la lid, él se nos reía, pero luego no más nos probaba que nosotros habíamos necesitado aguantar descargas cerradas de bala —alguna de las cuales dejaba un ojo en malísimas condiciones,— en tanto que él, al verse en aprietos, no tenía más que efectuar una conversión o una retirada por retaguardia, que le permitía, al par que librarse de nuestras balas, contraatacar por una puerta del comedor que cuadraba el patio, cuando no aparecía por sorpresa por detrás nuestro, abriendo de improviso una de las persianas de la sala.

El “no vale”, “no vale”, de nuestras protestas airadas, terminaba la guerrilla de mala manera. Hubo enojos serios que llegaron a durar hasta una semana. Cuando la gritería era mayor, se asomaba doña Armida y nos separaba, ordenando el cese de las hostilidades y de la emisión de palabrotas que ella finjía escuchar con escándalo. Hacía, si era necesario, una paz a escobazos.

Nosotros nos íbamos y Jiménez se encargaba de reunir las balas, echar a la basura las estropeadas y ordenar en las cajas de botines las que quedarán “en buen uso”.

Buenos Aires.



A BOLIVAR

Por E. DIEZ DE MEDINA,
(Miembro Correspondiente)

Para Vicente Lecuna.

¡Libertador titán! Genio fecundo
que al encender tu lámpara de gloria
tajando sombras y esparciendo lumbres
llevaste tu oriflama hasta las cumbres,
y al sonoro atabal de la victoria
de su letargo despertaste un mundo.

¡Libertador! Estremeciste el Ande
que recio yunque de tu espada fuera;
y al galope triunfal de los centauros
pusiste invictas huestes en desbande
para que así la adusta cordillera
se corone de púrpuras y lauros.

¡Libertador! Se orienta por tus rastros
el águila caudal que en lid homérica
te vió arrancar centellas de los astros!
Y así nació, para perenne brillo,
la Libertad que en el peñón de América
sobre el cadalso defendió Murillo.

¡Libertador! Tu admonición eterna
desde aquel Sinaí de la montaña
será nuestro Evangelio, voz fraterna
vibrando en los espíritus, conjuro
que el evocar lo inmenso de tu hazaña
nos una para siempre en el futuro.

¡Libertador! Encúmbrete la historia
del Cóndor y las Nieves a la altura.
Si por tu espada noble en la victoria,
por el poder del Genio que perdura
y al alcanzar la excelsitud del Ande
te muestra entre los Grandes el más Grande!

DUELO**GENERAL JOSE TOMAS CALDERON**

Parece que en cada número de nuestra revista tuviésemos que despedir a uno de los nuestros que se ausentan para siempre.

Ayer fue el doctor Manuel Castro Ramírez (p) al que dejamos en el cementerio. Hoy nos toca que despedir al General José Tomás Calderón.

El año próximo pasado recibió de nuestra Institución el más alto distintivo: Ollín de oro, que se otorga a los que, además de sus prendas intelectuales y morales, han servido con lealtad a la Institución ayudándola en sus dificultades y procurando elevarla más para un mejor servicio a la cultura y a la humanidad.

El General José Tomás Calderón falleció en Rochester el 22 de mayo del año en curso. Había ido él en busca de salud. Ya terminada la intervención quirúrgica y cuando disponía su regreso al solar patrio, la muerte le detuvo el paso y súbitamente, en unos pocos segundos, dejó de existir.

El 29 del mismo mes en la mañana, la Junta Directiva del Ateneo se presentó en cuerpo en el sepelio. Llevó la palabra en nombre de la Institución, el doctor Manuel Vidal. Pieza sentida la de él, ante el colega extinto y ante el amigo que entraba por la puerta de lo desconocido.

Fue el General Calderón uno de esos pocos hombres que se ciñen de modo riguroso al cumplimiento del deber, de modo que llegan hasta parecer extremados en sus procedimientos. Honesto y correcto. Pundonoroso militar, único que ostentaba en El Salvador los galones de General de División.

En su larga carrera militar dió muestras siempre de su valentía y dignidad. Y en su vida cívica supo mantenerse en el plano del decoro y del honor. Muere a la edad de 74 años. Deja una viuda, doña Tula Nuila de Calderón; tres hijos, el doctor Armando Calderón Nuila, don Carlos Calderón Nuila y doña Gloria Calderón de Auspurg. Además, una hermana que le llevaba en años y un hermano menor, el Coronel don Julio César Calderón.

La muerte del caballero y militar insigne, ha conmovido la sociedad salvadoreña. Fue él de los que representaban esa característica que poco se conoce ya en estos tiempos: la de saber mantener en alto su deber y la de ajustarse a los cánones más estrictos de la rectitud, aunque con ello pasara ratos desagradables.

Hombre de una sola pieza, con su muerte el ATENEO DE EL SALVADOR ha perdido una de sus más antiguas y sólidas columnas.

Pasa él a figurar en la lista de nuestros valores desaparecidos y como una muestra de elevado aprecio y cariño llegue a doña Tula Nuila v. de Calderón e hijos, como a los hermanos del desaparecido, la sincera condolencia de los Miembros del ATENEO DE EL SALVADOR.



General de División JOSE TOMAS CALDERON
Distinguido "Miembro Benefactor" del Ateneo de El Salvador,
fallecido el 22 de Mayo próximo pasado.

Ante la Tumba del General José Tomás Calderón

(Oración fúnebre pronunciada a nombre del ATENEO DE EL SALVADOR,
por el Dr. MANUEL VIDAL, de la Comisión de Geografía e Historia.)

“Para su última y gloriosa victoria, a manera de premio merecido por la misma, el Supremo Hacedor le otorgó su ascenso postrimero al General José Tomás Calderón: conducirlo a la Morada de la bienaventuranza eterna. Peldaño a peldaño, principiando como soldado raso, hubo de subir él, a través de su batalladora existencia, las graduaciones de que consta el escalafón militar hasta alcanzar el título de General de División en este país. Claro que se advierten, los intensos e ininterrumpidos trabajos que al objeto del coronamiento de tan noble carrera —abundosa en viriles esfuerzos que no son otros sino los que inspira el numen de la heroicidad, el genio de la valentí— hubo de realizar él con exactitud y brillantez para ejemplo de sus compatriotas en el ejército de Cuscatlán. Había de ser así. Si la vida de los humanos, siempre, se ofrece erizada de asperezas, hemos de considerar, de conceptuar, que la de este amable y pundonoroso caballero, la vida militar, desde la adolescencia hasta el final y doquiera se le vea, es la sugestiva historia de un guerrero siempre en lucha para lograr que los habitantes de Itsmania conocieran y disfrutaran los favores de una cultura superior, de un bienestar óptimo. La cultura y el bienestar constituían, según su criterio, el medio más adecuado para la unificación de la Patria que lo viera nacer y le acunara en su regazo materno, arrullándole con las canciones sacras de su divinal amor. Varios capítulos hay de la moderna gesta Centroamericana en los que participa decidida y constructivamente, capítulos que son demostrativos de su magnanimidad y de su hombría de bien. Emanaban tales atributos y lo distinguían, del carácter de tan devoto partidario de la unión de las cinco parcelas que fragmentan el Centro de América. Fué así cómo, ante la majestad que el magno ideal demanda e involucra, dejó oír su acento más emocionado, en tiempos de la República Tripartita, en su concepto de diputado por El Salvador ante la misma. Allí, el vehemente anhelo que como lámpara votiva llevaba dentro del pecho, lo transmitió a la elocuencia de sus frases, y así, esparció claridades hacia todos los rumbos, y su luz llegó a las conciencias que por mezquindades y egoísmos yacían en penumbras abismales.

Propósitos e ideales de índole semejante al que puso de manifiesto en la ocasión apuntada animaban a este Varón probo y gentil. Al desarrollo y puesta en práctica de los mismos contribuyeron ciertas características que dan la tónica de su distinguida personalidad. Destácase, entre otras la de su vigorosa y siempre alerta función intelectual. Tuvo el poder de recordar, con animación y exactitud, por magia de una memoria feliz, multitud de acontecimientos, de sucesos anecdóticos en los que él tomara parte, o bien relativos a los más diversos personajes, actores que fueron en el drama de la historia Istmica, amén de copiosa suma de citas

o datos atañeros a esta otra rama científica que gustó de cultivar: la Geografía. Llegada la oportunidad era un conversador que, con esplendidez, realizaba, con la gracia y el donaire de su frase original, una plática exuberante e n toda suerte de juicios de amplio interés y amenidad. Aparte varios ensayos sobre Geografía e Historia, su estudio sobre ambas materias queda escrito en dos libros: El Prontuario de Geografía e Historia de El Salvador y Anhelos de un Ciudadano. Leyendo sendos testimonios que dicen lo sólido, la macicez de su talento —legado de inestimable valimiento para quienes gustamos saber los hechos ocurridos en el solar Centroamericano— un sentimiento melancólico adviene a nosotros: el que se deriva de figurársenos, entonces, verlo de nuevo personalmente, departiendo sobre a los sucesos que eran su deleite y que amaba tanto. Y posee tal patetismo este recuerdo como para despertar otras sugerencias, peculiares de la bondad que solía impregnar a sus sentimientos, igual a flores que hubiesen brotado del árbol de su personalidad, árbol que expresaba y definía sus contornos en amistad desinteresada. Era, en verdad, dispensador de todo beneficio. Así lo consignan, así lo progonan cantidad de acciones suyas. Aquéllas que llevó a efecto en provecho de toda inquietud cultural son las que tienen más valor demostrativo. E instituciones como El Ateneo de El Salvador, en cuyo nombre hablo, al tener la buena fortuna de contarle como a uno de sus miembros activos, disfrutaron de sus producciones intelectuales, regalo de su mente joven, y del estímulo material que le deparara en ocasiones oportunas. Procuró estar acorde siempre con los dictados de su sensibilidad exquisita y los de su lógico razonar, según los cuales, del estudio y protección a las artes y las ciencias “depende, ya no digamos solamente una reforma en el terreno de las ciencias; pero también, lo que no es de menos entidad, nuestra regeneración moral, y, política, sobre todo”. Pero al lado de los dones de un intelecto de privilegiada altitud, y también de las florescencias de su alma, entregada, sin tregua ni desmayo, desinteresadamente, florecían otros amplios y nuevos horizontes en su corazón, esto es, las virtuosas cualidades que por ser las creaciones predilectas de su cariño más puro eran como inmarcesibles rosas. Gracias a un cariño así levantó un armonioso edificio que no fué otro sino el santuario bienamado de su hogar.

La ausencia, así dentro de ese hogar que el temor santificara como también dentro del hogar salvadoreño, la ausencia del bien querido y culto (miembro simbólico de la orden militar de la cultura) General José Tomás Calderón, produce ese sentimiento igual al de la llama de la vida que se apaga, o a la del viajero que se despide para un largo viaje hacia el inescrutable y eterno país lejano. Vive también en el corazón de los suyos y en el amistoso afecto de una sociedad agradecida, y vive y vivirá siempre en cada uno de sus hijos: los que no encuentran ahora consuelo de su partida hacia el misterio, y los que dicen y dirán siempre a todo estudioso del ayer romántico e histórico, la palabra y los anhelos de un caminante a quien ya jamás se le podrá olvidar.



GENERAL DON JOSE TOMAS CALDERON



UN AMIGO MENOS

(Escribe el Doctor Manuel Zúniga Idiáquez.)

Este Día del Maestro, Martes, 22 de Junio de 1.954, cumple un mes de haber muerto inesperadamente en los EE. UU. de N. A. nuestro muy estimado amigo Don José Tomás Calderón, el último Divisionario de El Salvador.

El viaje no dejaba de infundirle serias dudas, por la delicada afeción que lo motivaba; pero aparte de eso se diría que tuvo sus hondos presentimientos, ya que desde acá se mostró renuente a dejarse operar; sin embargo, como era hombre de responsabilidades, se resolvió a todo, en el deseo sin duda de sobrevivir algún tiempo más al lado de su bien amada familia. Y a fe que una vez salvado el trance tremendo, llegó a mostrarse decidido a afrontar las molestias consecutivas, en la confianza de poderlas dominar, gracias a las amabilidades de los suyos y a su carácter entero y batallador.

Todo parecía caminar a pedir de boca; pero cuando ya en el hotel terminaba precisamente de escribir cartas alentadoras en las cuales hablaba hasta con júbilo de su próximo retorno, súbitamente le sorprendió la muerte, segando de raíz amables esperanzas entre las numerosas personas que estábamos pendientes de su completo restablecimiento. Este desengaño, como es natural, agravó la impresión producida por tan lamentable pérdida.

Porque el General fue un hombre de índole ecuánime, modesta, bondadosa, de buena voluntad, capaz de sembrar profundos afectos aun entre personas extrañas a su familia. Militar de sincera vocación, inició la carrera siendo niño aún y no la interrumpió hasta lograr mercedamente la más alta jerarquía: la de General de División, habiendo desempeñado multitud de cargos a cual más significativo, tanto en la Milicia como al lado de ella, en que conquistó los honores de ser Ministro de Estado y más todavía, Primer Designado a la Presidencia de la República, designación honorabilísima demostrativa de sus cualidades intrínsecas y de su gran valía como ciudadano patriota.

No contento con las doctrinas que le proporcionara la carrera, fue un autodidacto convencido, infatigable en el estudio, que también ejerció de Maestro, como lo hemos oído rememorar con entusiasmo de parte de personas reconocidas por la generosidad de su trato y la fuerza de estímulo y provecho de sus enseñanzas. De modo que cuadra muy bien en este día nuestro artículo necrológico, escrito de propósito cuando se ha enfriado un poco la dolorosa impresión que nos causara su infausta muerte. Como tal dejó obras eminentemente didácticas, de positiva utilidad y también literarias, las cuales le valieron su incorporación al Ateneo

de El Salvador, en el que llegó a constituir una de las columnas de sostén.

De ahí que dicho Ateneo, cuya más alta condecoración ostentara legítimamente, esperase mucho de su magnanimidad, por haber sido uno de los más distinguidos **Miembros Benefactores**, con solo darse cuenta por sí mismo de las necesidades más apremiantes de la Institución; al grado de que cabe pensar lo mucho que habría ayudado en el actual animoso empeño de erigir un edificio propio, digno de la Organización encargada de mantener los prestigios literarios en el País, elevándolos cada día más fuera de él y de inmortalizar su reputado nombre.

Tuvo oportunidad de ir lejos de El Salvador, representándole dignamente con carácter de Plenipotenciario, en prueba de lo cual trajo

de allá muy honrosas medallas y condecoraciones cuya alta significación deriva también timbres de honor para su amada Patria, a la que le ofrendó fervoroso culto, de corazón, toda su vida.

Por todo ello sus funerales constituyeron una grandiosa manifestación social, realizada por las demostraciones de duelo del Supremo Gobierno y por haberle tributado el Ejército Nacional los honores de su alto grado, "¡Honor a quien honor merece!"

¡Duerma en paz el dilecto amigo y que su inconsolable familia se digne aceptar nuestras reiteradas y sentidas demostraciones de pesar!

San Salvador, 22 de Junio de 1,954.

(Tomado de "Diario Latino").



Producto del Primer Seminario Sobre Medicina Legal

Recomendaciones salidas del Primer Seminario Sobre Medicina Legal e f e c t u a d o en noviembre de 1953, fueron las de gestionar el establecimiento de la Ficha Médica en los penales del país así como que se restableciera la cátedra de Medicina Legal en la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales.

Enviadas las recomendaciones al Ministerio de Justicia y a la Rectoría de la Universidad, las contestaciones f u e r o n satisfactorias. El Ministerio de Justicia ordenó la creación de esas Fichas Médicas y manifestó al Ateneo agradecer esa forma de cooperación al mejoramiento de los sistemas penales en el país. Y en lo que corresponde a la Universidad al ser transcrita la recomendación a la Facultad respec-

tiva, se instauró la cátedra de modo que fue restablecida el 2 de junio, habiéndose hecho cargo de ella, por designación de la Facultad, el doctor César Emilio López, uno de los que tomaron parte activa en el ya mencionado Seminario y que ha entrado a formar parte de los Miembros Activos del Ateneo de El Salvador. Igualmente el doctor J. Ramiro Díaz, químico.

En esta forma ha comenzado a dar resultados lo que se organizó y realizó con tanto entusiasmo e interés.

Falta ahora la elaboración del Ante-proyecto de ley, en lo que se entenderá la comisión permanente que ha quedado actuando.



SUMARIO:

Editorial—Segundo Seminario del Libro Salvadoreño	5
Cómo mejorar nuestra situación Material y Cultural, por el Dr. Aristides Palacios	7
Ética Militar, por el Teniente Coronel José María Lemus	13
Plebiscito Plenilunar en la Ciudad de los Muertos, por el Dr. Manuel Zúñiga Idiáquez	22
“Los Tratados Filosóficos” de Séneca, por el Prof. José Lino Molina..	24
Lo Metafísico en Martín Adam, por Juan Felipe Toruño	27
Sonetos de Martín Adam	32
Proverbios Chinos, por Braulio Pérez Marchant	34
Exhumación de José Antonio Domínguez, por Rafael Heliodoro Valle.	37
La Derrota de la Cultura, por Gabriel Cházaro	42
Las Balas, por Bernardo González Arrili	44
A Bolívar, por E. Diez de Medina	46
Duelo.—General José Tomás Calderón	51
Ante la Tumba del General José Tomás Calderón, por el Dr. Manuel Vidal	49
Un Amigo Menos, por el Dr. Manuel Zúñiga Idiáquez	51
Productos del Primer Seminario sobre Medicina Legal	53